

¡APUNTEN...!

**REINALDO
CEDENO PINEDA**

ROQUE  LIBROS

¡APUNTEN...!

REINALDO CEDEÑO PINEDA

Copyright ©2023

© Del texto: Reinaldo Cedeño Pineda

Edición: Juan Carlos Roque García

©Ilustraciones de portada e interiores, maquetación y diseño:

ROQUE LIBROS

Hilversum, Países Bajos, 2023.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de su autor.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798396220881

Descarga PROMOCIONAL

www.claustrofobias.com

“Para decidir si sigo poniendo esta sangre en tierra,
este corazón que bate su parche, sol y tinieblas.
Para continuar caminando al sol por estos desiertos.
Para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos.
Para decidir, para continuar, para recalcar y considerar,
solo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros”.

VÍCTOR HEREDIA
(“Razón de vivir”, fragmento)

PRÓLOGO

Este libro es un espejo, un puente, un aroma. Sabe a mar, tiene olas y un poniente después de la montaña. Este libro vuela igual que camina; sale al mundo con la mano agarrada a la sorpresa y con el pecho desnudo.

El autor de este volumen, el periodista y promotor cultural Reinaldo Cedeño acentúa aquí, su mirada particular sobre las vibraciones del día a día y vuelca en estas páginas una especie de brújula espiritual.

Desde estos textos el mundo puede debatirse y mejorarse. Nada le es ajeno al poeta, al caminante, al hombre. La Cuba cotidiana, efervescente, puede armarse a la vez que podemos armar al creador, al radialista, al incansable ser humano que observa, que atiende la anchura y lo mínimo con igual cuidado.

Confesiones íntimas, criterios reposados, interrogantes permanentes que subrayan su afán por conocer y dar a conocer. Esa claridad para aclararnos fenómenos, figuras y un entorno que tiene mucho de memoria late en su pensamiento,

REINALDO CEDEÑO PINEDA

rumbo a los lectores. Las fases del tiempo están dadas en todo lo que escribe, le interesa reconstruir y defender, nos sugiere hacer lo mismo.

Reinaldo Cedeño se empeña en retar al reloj y al calendario. Véase las fechas de los textos aquí reunidos, el alcance de los mismos, su diversidad.

Este libro, es perpetuo, tiene de verdad y de pasión. Este libro es un pedazo de la voluntad inmanente de un país que es cruce de caminos, fuga y bienvenida. Un país que tiene sus estrías y su candor, que respira rodeado de infinito al compás de quien sepa mirar y devolver. Reinaldo Cedeño lo sabe muy bien.

Raúl Nogués

ESTRÍAS



PATRIOTISMO Y PATRIOTERISMO

● Qué es la Patria? ¿Quién se atreve a definirlo? ¿Es una construcción afectiva, intelectual, geográfica? ¿Qué presuponemos cuando se habla de ella: fulgor, sacrificio, obligación, nostalgia, ideal, goce, devoción, poesía? No exploremos obviedades, queremos anclar en la hondura.

Son frecuentes las citas martianas sobre el tema, “Patria es humanidad” es una de ellas. Aparecida en la sección “En Casa” en el periódico Patria, el 26 de enero de 1895, ¿esa “humanidad” equivale a “mundo”, o a la condición de obrar desde lo humano?

A veces, pasamos de largo, sin reparar en los razonamientos que le suceden a esa célebre frase del genio de Paula: “(...) ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de la patria, ha de negarse el hombre a

cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz y del Sol no se sale. Patria es eso”.¹

El primer pedazo de patria que asoma bajo el sol es la familia, es el barrio, son los amigos. En consecuencia, esa patria íntima, ese patriotismo primigenio se lastima —es la palabra exacta— cuando un entorno que nos es tan caro, se deja al margen de las oportunidades. Que sea muchas veces un sentimiento que se rumia a la callada, no resulta menos lacerante. Entonces, el sol comienza a apagarse un poco.

Se aprieta el alma cubana cuando uno se asoma a la vida de Félix Varela —una vida de servicio—, quien desde las aulas del Seminario, o desde las cuchilladas del exilio, ejerció su apostolado patriótico y humano hasta el último de sus días. ¿De dónde sacó fuerzas el padre Varela, cuyos hábitos parecían colgar más de su energía interior que de su enjuto cuerpo? ¿Cuántas veces la luz de su pensamiento no iluminaría las tinieblas de la distancia?

En su célebre artículo “Patriotismo”, en el temprano siglo diecinueve, Varela apuntó con lucidez: “Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido, y al interés que toma en su prosperidad les llamamos patriotismo. (...) La consideración del lugar en que por primera vez aparecimos en el gran cuadro de los seres (...) nos inspira una irresistible inclinación, y un amor indeleble hacia nuestra patria. En cierto modo nos identificamos con ella, considerándola como nuestra madre (...)”.²

¹ José Martí: “En Casa”, en *Obras Completas*, Tomo 5, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 468.

² Félix Varela: “Patriotismo”, en *Educación y Patriotismo*, Publicación de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1935, pp. 39-40.

Esa patria-madre tendió alas, siguió cobijándolos cuando las circunstancias les impulsaron más allá de las fronteras cubanas. Varela fundó en Filadelfia, luego en Nueva York —solo él sabe con cuantos riesgos y desvelos— el periódico *El Habanero*. Comenzó a hablar de independencia a la Isla sumida en una aparente “tranquilidad”. Murió en San Agustín, Florida, en su celda monacal, sin posesiones materiales: lo poco que tenía lo había dado a sus feligreses.

Martí, ya se sabe, convocó a la emigración cubana en Tampa, Cayo Hueso, en la metrópoli neoyorquina, y fundó, con el apoyo de sus clubes, el Partido Revolucionario Cubano y su órgano, el periódico *Patria*. No hay casualidad alguna en el nombre de aquel periódico. Esa palabra era el resumen de todas las ansias, la encarnación de todas las aspiraciones, el sustrato perfecto para la unión, para aquello que él llamara fusión dulcísima.

No por sabidas dejan de admirarnos tales historias, fraguadas en la lejanía. ¿Acaso el patriotismo se mide en kilómetros cuadrados? ¿Se pierde cuando bajo las plantas no se pisa la cálida tierra antillana? ¿O la patria va —resguardada como luz inapagable— en el pecho de cada cubano de ley?

Patria es el sonido del viento

Tengo un amigo, que fijó residencia en otras geografías. Un día, me confesó, que se vio en una gran ciudad, frente a volcanes deslumbrantes... mas comenzó a extrañar sus pequeñas lomas, sus calles derramadas, el saludo de sus vecinos. Y escribió una de esas frases definitivas: “Patria es el sonido del viento”. Aquí volvió, a dejar sus huesos.

Fue similar reclamo —reclamo cumplido— el que hizo la gran poeta Pura del Prado (Santiago de Cuba, 1931-Miami, 1996) a los suyos: “El día que yo me muera / se va a morir

Cuba un poco / porque mi espíritu loco / tiene zumo de palmera (...) ¡Prométanmelo, soldados! / Cuando se rompa este hierro / ¡No dejen en el destierro / Mis huesos abandonados / Llévenme para allá / Aquí no. ¡Qué va!”.³

Para ellos, el suelo de la patria era la cobija perpetua.

¿Hasta dónde el patriotismo es lazo o es ala, es algo tangible o una utopía inasible? ¿Tradición en caducidad en medio del mundo globalizado de hoy, o ánima del presente, todavía?

La palabra “patria” puede vaciarse de su sentido ontológico, de su definición más raigal. Puede trocarse en interesado utilitarismo. Sigo con Varela quien advertía acerca del falso patriotismo que “(...) consiste en que muchas personas, las más ineptas, y a veces las más inmorales, se escudan con él, disimulando el espíritu de especulación, y el vano deseo de figurar (...).”⁴

En otro de sus artículos, llamo a algunos *traficantes de patriotismo*, y con ello, expuso el método de identificarlos: “Se observa a un hombre que siempre habla de patriotismo, y para quien nadie es patriota, o solamente lo son lo de cierta clase, o cierto partido. Recelemos de él, pues nadie afecta más fidelidad, ni habla más contra los robos que los ladrones. Si promete, sin venir al caso, derramar su sangre por la Patria, es más que probable que en ofreciéndose no sacrificará ni un cabello”.⁵

Cuando se alude al sentimiento patrio de manera epidérmica, cuando resulta mera palabra y no esencia, cuando

³ Poema “Aquí, no” de Pura del Prado, en Nydia Sarabia: *Pura del Prado una voz de océano*, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2011, p. 206.

⁴ Félix Varela: “Patriotismo”..., p. 45. .

⁵ Félix Varela: “Máscaras políticas” en *El Habanero, papel político, científico y literario*, Biblioteca de Autores Cubanos, Universidad de La Habana, 1945, pp. 3-4.

se suplantán razonamientos y argumentos por la recurrente invocación al deber con la patria, cuando la conveniencia pretende vencer a la pertinencia, estamos en presencia del patrioterismo.

El patriotismo es ardor; el patrioterismo, alarde. El patriotismo es latido; el patrioterismo, pura exhibición.

Joel James entregó, con su ensayo *Vergüenza contra dinero*, toda una exégesis de nuestro tejido social y consideró como amenazas contra nuestro ser nacional, “(...) las acechanzas provenientes de fuera, o, las que son peores, resultado de excrecencias propias (...) las amenazas del abuso y la corrupción vengan estas amparadas por los discursos políticos justificativos con que quieran venir”.⁶

La palabra “patria” es omnipresente en el discurso de las más diversas esferas de nuestro panorama económico-social. Francamente, se ha abusado de ella, se ha estirado a discreción, se ha desbordado. El universo mediático cubano es epígono de esa circunstancia, que flota en el aire de tal manera que ya casi no lo advertimos. El inolvidable José Aurelio Paz, Premio Nacional de Periodismo José Martí, lo vio así:

“La Patria está en nosotros. El compromiso también, de modo que no es necesario estar acentuándolo constantemente en una prensa a veces cargante, a veces aburrida, que no hurga, como debiera ser, en el diapasón sonoro de la sinfonía que somos (...)”.⁷

En esa sinfonía que somos —cada uno en el ejercicio legítimo de su propia cuerda—, nos abramos con Cuba.

⁶ Joel James: *Vergüenza contra dinero*, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2008, p. 23.

⁷ José Aurelio Paz: “Se compra un rabo de cerdo”, *Cubaperiodistas*, enero 4, 2022 - <https://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2022/01/se-compra-un-rabo-de-cerdo/>

REINALDO CEDEÑO PINEDA

Atentos a los que, más cercanos o más lejanos, se arrogan el derecho de esgrimir un patriotismo de ocasión, de barata encarnadura; o peor, un supuesto patriotismo que pretende camuflar intereses personales o espurios, inaceptables silencios. Al fin, la patria somos todos.

(Publicado en *La Jiribilla* 13/04/2022. Premio 26 de julio de Periodismo en la categoría Artículo, 2022)

ESTRÍAS

Me he ido a vomitar al borde de los orinales, al borde de los aeropuertos, al borde de los libros autografiados, al borde de las estrellas de mar, al borde de mi sábana. Las despedidas son estrías, son surcos, son quebradas. Cántalo: “Es un pedazo del alma que se arranca sin piedad”.⁸

Cuando A. me anunció que se iba —que se iba para siempre—, se escapó la poesía, se me secó la voz. Cuando supe que B. también, me sujeté de un árbol antes de desplomarme. Son sangre de mi sangre, espíritu de mi espíritu. Y cuando comenzó el desfile de letras, ya no supe que hacer, me sentí volando con piloto automático, incapaz de tomar el timón.

Quedarse es una forma de partir. ¿A quién tiene raíz, le faltan alas? ¿Quién vuela, no lleva el polvo materno bajo sus plantas?

⁸ Fragmento del tema “Veinte años” de María Teresa Vera-Guillermina Aramburu.

Los cubanos no inventamos la emigración. El planeta creció, el ser humano se extendió dejando sus rincones, cruzando mares ignotos. Buscó oportunidades, desafió límites, probó nuevas ideas. Lo hizo y lo sigue haciendo, en este mundo desigual, donde muchas capitales, “cultas y céntricas”, se forjaron sobre el saqueo de otras tierras, de otros seres humanos considerados descartables.

Las Antillas son diaspóricas por antonomasia, pero saberlo no alivia. Hay una infinita historia de dolor detrás. Las islas del corazón —virginales, entrañables, únicas, misteriosas—, son nuestro rompecabezas. Si falta una pieza, es imposible componerlo.

Los gritos no gritados están en la argamasa y los ladrillos, en la rama de los árboles y en la cresta de la ola, en el choque de copas y en la sonrisa maquillada, en las antiguas fotos y en los destellos digitales, en los parques vacíos y en las nuevas luminarias.

Los gritos están en el silencio, sobre todo, en el silencio.

Aquello que está en lo íntimo acaba imponiéndose a lo que se proclama a voz en cuello. La felicidad no se puede inventar. La felicidad no tiene fronteras: ni raciales, ni sexuales, ni etarias, ni geográficas, ni ideológicas. La felicidad es un concepto esencialmente humano, cada persona va en busca de la suya

“(…) Si crees que es hora / no te detenga el raso de la tarde / ni la lluvia cayendo en la alta noche / ni la flor por cuajar (...)”,⁹ escribió Dulce María Loynaz, Premio Cervantes (1992), quien decidió, no obstante, correr la misma suerte de su país, lo mismo en el júbilo que en el insilio y la resurrección.

⁹ Fragmento del poema “La hora” de Dulce María Loynaz, en Dulce María Loynaz: *Poesías*, Editorial Letras Cubanas, 2002, p. 233.

Las preguntas llegan un día desde cualquier parte, impenitentes, resonadoras. Llegan en las mañanas de la ausencia, en las fechas del abrazo roto, en “los infinitos domingos”, como firma en redes, Aristides Vega Chapú. ¿Dónde están aquellos que no están? ¿Qué es la vida?

Insoportables

Fernando Martínez Heredia (1939-2017), una de las voces más altas del pensamiento cubano de los últimos años —Premio Nacional de Ciencias Sociales, 2006 y Premio Nacional de Investigación Cultural, 2015— expone sus razones en el volumen *El ejercicio de pensar*: “El país sigue erguido, en la defensa perenne de su soberanía y su organización basada en un gobierno de justicia social, pero existe un malestar sordo, relacionado con las carencias materiales y de servicios que se sufren (...) Y no se reduce el descontento a esas carencias, sino a una gama muy amplia y variada de deficiencias y situaciones que ya van resultando insoportables”.¹⁰

No es posible asistir impávidos a la riada de emigrantes, ni dejar de analizar las causas que la motivan —materiales y espirituales—, acabar de discernir aquellas que provienen de un bloqueo feroz impuesto desde el Norte, y otras tantas, que responden a nuestros errores y terquedades.

Es en el día a día —en los heroísmos de ocasión, en las cotidianas batallas— donde se forja el amor a un lugar, donde se cobra conciencia de pertenecer a una nación, a ese conjunto de personas con aspiraciones y destinos comunes. La patria “No es el amor ridículo a la tierra, / Ni a la yerba que pisan nuestras plantas”, decía Martí en su drama *Abdala*.¹¹

¹⁰ Fernando Martínez Heredia: *El ejercicio de pensar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010, p. 9.

¹¹ José Martí: “Abdala”, en *Obras Escogidas*, T. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 20.

Cada partida, es una sacudida.

Mi amiga K. se va, mi amigo O., también. El alfabeto se desangra. Se van dejando historias, dejando muchas cosas, pero no a Cuba. Ella permanece sobreviviente, íntima. Aquí y allá. Cuba, en su eterno vuelo, sujetando a sus hijos, cargada por ellos, como dijera Virgilio “hasta saber el peso de su isla; / el peso de una isla en el amor de un pueblo”.¹²

(Publicado en la revista Alma Mater, 7 de noviembre de 2022. Mención en el Concurso 26 de julio de Periodismo en la categoría Artículo, 2023)

¹² Virgilio Piñera: *La isla en peso*, Ediciones Unión, La Habana, 1998, p. 44.

SERVIR

En el próximo diccionario la palabra servir no aparecerá. Ya más de uno tachó esa entrada, arrancó la página. Servir ha perdido su nobleza, ha extraviado su sentido. Servir se ha convertido en un despropósito, una obscenidad, una agonía.

Servir ya no es “hacer algo en provecho de otro”, ya no es sinónimo de solicitud; ahora parece un acto de sumisión que rebaja a quien lo hace. Servir se ha convertido en “hacer un favor”, y favor al fin, se hace cuando se puede, como se puede... sin importar si es tu deber, tu encargo social, si percibes un salario por hacerlo.

Algunos actúan bajo ese pensamiento. Y lo peor, lo hacen a la vista de todos, jugando con el dolor de todos, con el tiempo de todos. El cristal suele ser su trinchera. Una encogida de hombros o una mirada desde la altura, su respuesta. Un papel alzado, su escudo. Se refocilan con su magro poder, con hacerte volver. Asisten imperturbables y ajenos a lo que sucede

afuera, a unos metros de distancia, a colas imposibles; a madrugadas de insomnio. A tantas cosas.

Los escenarios pueden ser muchos: una tienda, un archivo, un banco (¡ay, los bancos!), un correo... Conste que no hablo de oídas. Si antes de la pandemia, esta rémora había mellado muchos fillos; ahora constituye un peligro mayor. Algunos se han empeñado en meter nuestra difícil realidad en el cuadro, en el papel. Es un esfuerzo digno de mejores causas, es una telaraña tendida sobre arenas movedizas. Es el mundo al revés.

Me he encontrado en tiempos recientes a guardianes de disposiciones que se han enajenado de las personas y de las circunstancias. Que te alzan la voz amenazantes, que te quieren ubicar donde ellos decidan, que en cambio pueden abrirse si los “tocas” o los “mojas”.

Urge un análisis profundo de aquellas regulaciones, organizaciones, órdenes (y caprichos) que te zahieren, que te envenenan los días en las puertas de este o aquel establecimiento, que te roban la vida. Hace falta un hacha para echar abajo todas esas disposiciones a las que les importa más el número que la persona, la firma que la realidad.

Hay una casta (una costra) burocrática instalada en muchos sitios, que bajo el signo del control (que tantas veces se ha revelado ineficiente) desangra a este país. Los burócratas son nuestros vampiros, se han lanzado sobre la yugular de un país. Lo digo y un latido me cruza el esternón.

A lo largo de los años se ha hablado de idoneidad, se han firmado códigos de ética, se han hecho compromisos... y mucho se ha quedado en las intenciones. Se ha ido por los resquicios, por el acomodamiento, por la simulación y por los ismos: oportunismo, formalismo, favoritismo...

Hace falta una carga. Hacen falta unas cuantas sacudidas en este “manjuarí dormido a flor de agua”,¹³ como dijera Dulce María Loynaz, orgullosa de su tierra natal. Muchos no han entendido, no acaban de entender, que un país es su gente. Es en primer, primerísimo lugar, su gente.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué nos lamentamos y no actuamos? ¿Por qué lo seguimos permitiendo? ¿Cuándo lo vamos a cambiar?

(*Juventud Rebelde*, 2 de septiembre 2021, Premio 26 de Julio de Periodismo en la categoría Comentario, 2022)

¹³ Dulce María Loynaz: “Poema CXXIV”, en Dulce María Loynaz: *Poesías*, Editorial Letras Cubanas, 2002, p, 149.

CAJEROS

Es tan elemental, es tan sencillo: se introduce la tarjeta magnética en la ranura, se marca el código y la cantidad deseada y... ¡zas!, salen los billetes por otra abertura. Eso pensaba Juanita esa mañana, cuando se vistió a lo Luis Gardey —una cinta en el pelo, pantalón vaquero, y por supuesto, la cintura ceñida, la mirada juvenil— y se dirigió al cajero de su barrio. Se levantó temprano, como de costumbre, pues luego de cobrar y comprar algunas viandas, volvería para hacer el almuerzo.

Qué suerte, se congratuló a sí misma, cinco o seis personas solamente. Saludó a un conocido, repasó los numeritos: la vida se ha vuelto pura aritmética. Se permitió incluso ayudar a una anciana. Le subió la autoestima, la sapiencia. Y ya casi, ya le tocaba, cuando... se fue la corriente. ¡Caramba!, se dijo bajito; mas eso no la detendría. Unas cuadras más adelante había un cajero, y según sus cálculos, estaba en otro circuito eléctrico.

Nuestra amiga Juanita, bien compuesta para sus casi sesenta años, va rumbo a su meta. Divisa de lejos el lugar, con

su inequívoco toldo verde. No hay nadie. No sabe si colocar un signo de interrogación o uno de exclamación. Desenfunda su tarjetica roja, marca con estilo. Tac, tac. Aparece un galante cartelito electrónico: No podemos atender su solicitud en estos momentos. Traducción: no hay dinero.

Juanita se permitió un breve suspiro. El próximo aparato dispensador estaba lejos, tendría que esperar la guagua. Acompañémosla hasta la parada. Ánimo. Subamos al camión.

La pasajera mira su reloj, seca las gotas de sudor que empiezan a correr por aquí, también por allá. El chico que ha gritado durante todo el trayecto, que ha roto metal contra metal a modo de timbre, ahora le da la mano para bajar y la extiende para cobrar. Ruidoso, caballero, cobrador, todo en uno. Un módulo al uso. A zancadas se dirige a su destino. A la tercera va la vencida.

Este cajero será mejor seguramente, se dice al subir la loma, por algo está en el mismísimo centro. Y comienza de cero, es decir, de última. Hará el veinte, el veinticinco tal vez. Para los estándares, eso es una nimiedad. Vamos, Juanita, que todavía estamos a tu lado. Vive el dilema shakespereano tropical: buscar un banco, un muro, algo donde tirarse o permanecer de pie, estoicamente. ¡Qué calor!... ¡Cómo está la situación, mi amiga!... ¿sabes quién se fue?... La cola habla.

De pronto, el mundo se descoloca, se estremece:

—Se acabó el dinero, caballeros...

¡Ay, Juanita!

Sofoca una palabra, una palabrota que quiere escapar de su garganta. Se lleva las manos a la cabeza. Las sentencias por estos lares andan refundándose, refundiéndose. Los ánimos se le esfuman. Permuta de Gardey a Juan Formell: el baile del buey cansa'o.

Allá la veo doblar, buscar, rogar por un cajero disponible, ¡por Dios, uno de verdad! Un trébol de cuatro hojas, un elefante blanco, agua en el desierto. No va sola, no, los que se han quedado colgados de la brocha, la adelantan, con la urgencia de una misión. Empieza a sentir la punzadita, el vacío en el estómago. El desayuno había sido frugal, un simulacro. El reloj biológico está llamando.

La agencia bancaria tiene disponibles dos cajeros, pero solo uno funciona. Una ley no escrita, pero habitual, en lo que ya ni se repara. Delante, una conga santiaguera, una comparsa por el Malecón habanero, un parranda remediana, un desfile. Una cola que se respete, es así.

Sorry, Juanita, hasta aquí te seguimos. El narrador, que tiene unos añitos menos, va a poner punto y aparte. Juanita, no. No puede. Ya se olvidó del almuerzo, se arrancó la cinta, se arrugó. Vuelva a casa con el dinero, pero sin viandas. Lleva el sol dentro. Le duelen las piernas, le duele la espalda. Le duele.

Lo único que Juanita no recuerda es el día exacto, si fue ayer o si fue mañana.

(Alma Mater, 15 de noviembre de 2022. Mención en el Concurso 26 de julio de Periodismo en la categoría Crónica, 2023)

AYUNOS

Hoy no hay pan, me anuncia mi padre. No respondo, no despego los labios, lo he escuchado tantas veces que ha perdido su efecto aturdidor. Es el recibimiento, son los buenos días. Hoy no será la harina ni ayer tampoco. El bloqueo, la economía, el barco, la corriente, la desidia... Total, mejor, me autosugestiono, y corto en tres o cuatro trozos el fongo, es decir el cambute, es decir el plátano burro, aquella variedad musácea tan socorrida, la de las cuatro esquinas, nuestro producto insignia. Haré tostones con el hilo de aceite que me queda, haré magia.

Hace mucho no pruebo la leche. La histeria de precios que vivimos hace inalcanzable un paquete en polvo. La otra, la de la ubre, ni hablar. Se perdió. La última vez que la tomé, me supo rara.

¿¡Pan con mantequilla, café con leche!? Recuerdos, utopías. Del cuarteto solo queda el café, cuando es posible; pero

ese néctar de los dioses —como dice mi vecina, saboreando en la tacita de su bisabuela—, nunca me ha gustado. Me lo han recriminado, me han dicho que soy un mal cubano.

Acompaño esos gramos de pan con jugo, con agua de coco, con una infusión, con agua de azúcar (o mejor, sin). En mi libro de lectura, en la primaria, en la primera línea, decía: “Cuba es la azucarera del mundo”... pero ha pasado tanto tiempo. Una limonada es una fiesta, pero los limones se han vuelto aristocráticos: llegan de Persia o del cielo.

También está el pan con lengua (es decir, el pan con nada). O la nada sin pan. Metáforas del *populi*. Y te vas como a un examen de sangre, con el doble blanco en el bolsillo, estoicamente, a hacer el día. Este ¿y el que vendrá?

Escribí un poema, el día que mi padre y yo decidimos dar el minúsculo pedazo a las gallinas. Ni tostándola, ni achicharrándola tenía arreglo aquella masa ácida, inclasificable. Un poema es siempre un grito.

Estos panes nuestros

Estos panes mañaneros
estos panes nuestros
estos panes
que ya no están dormidos
(como diría Soler)
sino insomnes
trasnochados
viudos
a ver si osas
si te atreves
a profanar su cuerpo
amasado sabe dios cómo

sabe Dios qué
estos panes impíos
profanos
que ya no llegan cada día
que han extraviado su deber elemental de pan
y
están ahí
tristes
tristísimos
compañeros de naufragio.
Estos panes mañaneros
estos panes nuestros
estos panes.¹⁴

(Alma Mater, 24 de octubre de 2022)

¹⁴ Poema incluido en el volumen *Tejiendo un país*, Roque Libros, Hilversum, 2020, pp. 68-69.

TERQUEDADES

Para algunos cubanos el silencio parece haberse convertido en una excentricidad, en un error que se debe subsanar, en un lugar remoto al que no podremos llegar. Por eso, si encuentran un lugar donde este reine, lo tratan de apalear, destrozar, pisotear, extirpar. El silencio no forma parte de nuestra identidad, piensan.

Los asesinos del silencio se saltan las normas. Las palabras ordenar y dosificar no están en su biblioteca. No escuchan, no quieren escuchar. Su norte es el ruido; su arma favorita, la bocina; su antifaz, la música; su caldo de cultivo, la desidia.

Los asesinos del silencio están en cualquier rincón. Han empedrado de ruido el archipiélago ante los ojos y los oídos de todos, casi en cualquier esquina, bajo un precario timbiriche, al lado de nuestras casas, e incluso cerca de centros de salud.

Algunos, incluso, pretenden endilgar la creencia de que “esto es lo que les gusta a los jóvenes”. Es un reduccionismo poco serio, es una trampa. Alegría y respeto no están reñidos. Por supuesto, si la receta de diversión de una comunidad gira

alrededor de una bocina (con cerveza incluida, o sin ella), todo funciona como una noria: eso será lo que pedirán, porque eso es lo que se les suministra habitualmente.

No vamos a andarnos por las ramas. Bailar, beber y escuchar música también exige cultura, y esta se gana al crear lugares adecuados, cerrando puertas a los excesos y a los facilismos, tantas veces convertidos en oportunismos.

Es hora de un examen serio sobre la formación educativa y los proyectos recreativos que nos rodean. Es preciso crear opciones al alcance del bolsillo de los jóvenes, y también de los no tan jóvenes. Es hora de despejar soluciones emergentes, de desterrar frases como “No es para tanto” y “Hay cosas más importantes”, que suelen resultar justificativas y cómplices.

El irrespeto jamás hizo ciudadanos.

El egoísmo jamás hizo patriotas.

Hacen flaco favor al país aquellos que tienen en sus manos las llaves de muchas decisiones y parecen haber olvidado que justamente están ahí para escuchar a quienes representan. Lo hacen, quienes aúpan lo que acaba convirtiéndose en coctel de marginalidades, motor de indisciplinas y violencia, granada de fragmentación para nuestra sociedad.

¿Qué clases de propuestas son esas que en nombre de algunos secuestran el derecho a la tranquilidad y el descanso de los demás? ¿Por qué tanta terquedad?

(Juventud Rebelde, 12 de febrero de 2019)

FORMALISMO

● Por qué hacemos las cosas? ¿Qué nos impulsa? ¿Dónde ponemos el músculo, dónde dejamos la vida? Llega un momento en que nos hacemos esas preguntas. Caen sobre el techo como una granizada. No puedes evitarlas.

Una sociedad muere un poco cada vez que se asoma a disposiciones arcaicas que han perdido todo sentido, al rescate de supuestas tradiciones ya convertidas en cenizas y sin real sustento, a reuniones infértiles (clones unas de otras); a controles que nada controlan, al burocratismo tenaz para el cual el papel es el sumun y las gestiones en pos de él, un bendecido martirio.

Nos hundimos en las arenas de la quietud, de la lentitud. Hemos tomado tantas veces, el gato por la liebre, el lema por la convicción, el silencio por la fidelidad. Durante mucho tiempo se han confundido las manos levantadas con la unanimidad verdadera.

¿Qué circunstancias nos han hecho parir, convivir, persistir en tales mecanismos?

El formalismo es una de las formas metamorfoseadas de la mentira, es un motor de descreimientos, un macabro distractor. Deberíamos huir de él como perseguidos por perros rabiosos, desterrar el vacío de sentido, el tributo a la apariencia y el hacer las cosas por cumplir, sin que estas ni rocen ni penetren ni importen.

Las instituciones nacieron para servir a las personas, no las personas para servir a las instituciones. Hay muchos que deberían repetírselo y repetírselo y repetírselo hasta que les cale. Es una verdad de Perogrullo que naufraga en un mar de papeles. Aquí mismo, en este periódico, hemos leído ejemplos absurdos que ni las difíciles circunstancias de una pandemia, han logrado conmovier.

Las circunstancias pueden arrinconarte, noquearte, ponerte al límite. En el momento más desolador de mi vida, la muerte de mi madre, un añejo caballero se ofreció a despedir el duelo. Le agradecí como pude, pero no podía permitirlo. Yo mismo saqué las palabras del subsuelo. Despedir una vida jamás puede ser un acto formal.

El formalismo nos ataca desde muchos flancos. Toma la caricatura de los hechos como si fueran los hechos mismos. Le gustan los números, mas no su envés. Prefiere el maquillaje, la fachada. Se diluye en largos, larguísimos informes a los que se les tira un discreto bostezo, en encuestas de tres por kilo queriendo pasar por indagaciones serias, y en contraste, ignora investigaciones brillantes que se agotan en la misma discusión de un título universitario y cuyo destino es la gaveta.

El formalismo suele andar sobre ruedas. Le urge una larga caminata Cuba adentro, porque ha perdido el sentido de palabras como comunidad y barrio, las menciona mas no suele tocar el temple de su gente ni los baches de sus calles.

Cuba es hija de la resistencia, es hija del cimarronaje. Sus héroes ilustres, sus creadores, sus ciudadanos son el río perpetuo que fluye bajo nuestras plantas, el agua que nos reta y nos alienta. A ellos no es posible esquivarles las respuestas de ¿por qué hacemos las cosas? ¿Qué nos impulsa, qué nos mueve? ¿Dónde ponemos el músculo, dónde dejamos la vida?

(Juventud Rebelde, 1 de septiembre de 2021)

LUCES

Fina García Marruz la describió como la escena más hermosa del mundo en su libro *Créditos de Charlot*. Es esa en que la florista descubre al vagabundo detrás del cristal, sin sospechar que es él justamente quien se ha sacrificado para que le devuelvan la visión. Hay risas... mas cuando toca su mano, su vida da un salto. *The end*. Es 1931. La cinta, protagonizada y dirigida por Charles Chaplin, se llama *Luces de la ciudad*.

No basta asomarse al cristal, no basta detenerse en la cáscara.

“*Licht!, mehr licht!* / ¡Luz!, ¡más luz!”. Tales fueron las palabras de Goethe, el de Fausto, el de *Los sufrimientos del joven Werther*, el legendario. Dicen que el escritor germano estaba a las puertas de la muerte, pero en cualquier caso conservaba suficiente lucidez. ¿Era un grito antes de que cayera el telón, o acaso la gran metáfora resumada en tres palabras?

A veces tengo ganas de ser Goethe. Las sombras jamás descansan.

En días recientes, he subido, he bajado las escaleras de Ediciones La Luz en la calle Maceo 121 altos, muy cerca del parque Calixto García, en la Ciudad de los Parques, en Holguín. Fue mucho el desearlo y al fin cumplirlo. Esa editorial tiene el nombre bien puesto: ellos iluminan. Y si los libros son hermosos, es porque esa familia que encabeza el poeta Luis Yuseff, es hermosa.

Dulce María Loynaz definió, con la altura de su lírica, a ciertos seres que creen que los demás orbitan a su alrededor: “Hay gente que, si pudiera, arrancaría los rayos de la luna, para amarrarse los zapatos”. Martí escribía lapidariamente en La Opinión Nacional de Caracas: “Los dientes no hincan en la luz”.

La mitología egipcia representaba el ciclo del día y de la noche, el amanecer y la puesta, el viaje del astro rey de este a oeste, como una barca solar conducida por Ra y defendida por Seth. Renacía siempre, en el enfrentamiento permanentemente de la luz con las tinieblas, con el caos, con la serpiente Apofis.

Siempre hay Apofis que atajar.

Toda una centuria se conoce como el Siglo de las Luces. El siglo XVIII significó una conmoción intelectual en Europa y más allá, que cerró con el sacudimiento de la Revolución Francesa. Se emergía de la larga noche del oscurantismo, se entraba en la ciencia y la razón. Sin embargo, cuando los fanatismos regresan, las tinieblas se ciernen sobre el mundo, las razones se tuercen.

Tómese en metros, kilómetros, segundos, en espacio y en tiempo: la luz viaja a una velocidad casi inimaginable. Las distancias planetarias son insondables, por eso la unidad de longitud usada es el año luz, es decir la distancia que recorre la luz en un año: 9 460 730 472 580,8 kilómetros. ¿Pudo leer semejante cifra?

No hemos puesto los pies en otro planeta (todavía), pero nos urge mejorar el que habitamos; el barrio en primer lugar, que es nuestro pedazo de Tierra. No podremos alcanzar la velocidad de la luz, pero es menester alcanzar otras: la luz del discernimiento, la luz de la previsión, la luz de la diversidad, la luz de la eficiencia, la luz de la verdad, la luz.

(Juventud Rebelde, 7 de julio de 2022)

BELLEZAS

i Qué es exactamente la belleza? ¿Dónde hallarla? ¿Resulta intocada por los años? En estos tiempos de Internet, de redes, de hipercomunicación global, algunas publicaciones empiezan a vender la juventud eterna como la meta, los años como un defecto a corregir, las arrugas como afrenta. Y por supuesto, asoman un mundo níveo, nácar, alba, como diría la poeta argentina Alfonsina Storni.

Muchos sitios han establecido el comercio de las arrugas y te invitan a seguirlos. “No podrás creer cómo se ve ahora”, te dicen con sorna, y a continuación te endilgan alguna figura más o menos conocida del mundo del espectáculo o del deporte en su apogeo, en su lozano esplendor y luego en su madurez, en su vejez. Suelen ser historietas infladas, coloridas, mancas de sustancia, que se aderezan en cada clic con sus respectivas propuestas de venta, un poquito más abajo, un poquito más arriba.

Nunca olvidaré el diálogo que sostuve con Eufemia, una dama santiaguera que cumplía 111 años. Un uno al lado del

otro y otro más. “No hice nada para merecer esto, pero creo que el Señor me ha premiado... será que he sido muy buena”, acotó. Y a continuación, me habló de cómo le cantaba a las flores que ella misma cultivaba, de la muerte de algunos de sus hijos y de aquellos que adoptó como si fueran de su mismísima sangre.

Eufemia era hermosa, hermosísima. Sus años, su ascendencia africana, su filosofía natural, habían afinado esa belleza esencial que no consiste en la tersura de la piel, sino en la maravilla de la existencia, en la longevidad del espíritu, en la sabiduría de la vida.

Hay que despegar los ojos de la pantalla y echar una mirada a nuestro alrededor, a la belleza pura de la persistencia de nuestros padres y abuelos. Cuidar a los ancianos va más allá de propiciarles una adecuada atención médica. Es necesario repensar espacios y proyectos donde compartan con sus coetáneos y con personas de todas las edades. Es preciso diferenciar para ellos el precio de acceso a muchas instalaciones, productos y servicios. Es urgente propiciar una plataforma de pensamiento a nivel social que les respete. Se impone aprovechar sus posibilidades y no detenernos en sus limitaciones.

“Hay que dar paso a los jóvenes” o “La juventud se impone”, son algunas de esas sentencias que se nos antojan naturales a primera vista; pero que portan en su tejido hilos de pensamiento discriminador, de apartheid etario. Lo peor es que bajo semejante cobija he visto cometer muchas injusticias, muchos disparates.

Cada persona a la que se empuja, a la que no se le agradece su entrega de años, que no recibe su jubilación con júbilo, es una derrota. El mundo muere un poco con cada lágrima de anciano.

Viví un día triste cuando escuché a mi pequeña vecina decirle a su abuela que era fea. Fea, porque tienes la nariz grande, le soltó. Se me agolparon los recuerdos, sentí el latigazo, corrí. Y regresé de pronto a mis abuelas que se fueron para siempre, que presiden la sala con su imagen, cual diosas tutelares; que desandan dentro de uno con sus abrazos infinitos, con sus refranes inolvidables, con sus natillas de ternura.

No hay abuelas feas, ni abuelos feos. La belleza nada tiene que ver con el tamaño de la nariz. Este universo en el que navegamos duramente, sería mejor si acompañáramos a nuestras abuelas y abuelos, si los escucháramos más. Míralos, mírate.

(Juventud Rebelde, 24 noviembre, 2022. Publicado inicialmente bajo el nombre “¿Una abuela fea?”)

LA TRAVESÍA

Iré a Santiago, a Santiago. La nota aguda del Orfeón, las manos de Electo. Siempre dije que yo iría a Santiago. A casa, lorquianamente, en tren. Surcar nuestra delgada ínsula, el manjuarí dormido, el cocodrilo verde... es una hazaña física, una proeza mental.

La paciencia espesa, pesa, se posa en tus rodillas.

Juré que no montaría en tren. Nunca más, perjuré. Buesa y el renunciamiento. En estos lares, sin embargo, semejante declaración es una metáfora sometida a la finitud de las circunstancias. Y heme aquí, en la nueva era, en el coche seis, refrigerado. Mi amigo Adrián Quintero es mi brújula en la distancia.

La Coubre queda atrás. Matanzas, con su azul ondulante, como los versos de Carilda. La travesía en cámara lenta se detiene en Cascajal, al centro de la Isla. Como no conozco el lugar, el destino se encarga de fijarlo. La visualidad cubana, rampera, urbana, esconde los pequeños pueblos. No hay festivales ni declaraciones Cuba adentro, solo hay gente

enyugando la vida. Pues allí, justamente, la moza férrea hace la suya: la locomotora sufrió un fallo total, declara.

Una pedrada en pleno rostro, encasajados, pal cascajo.

Conté hasta dos y hasta diez —así, a lo Benedetti—, cuando empezó otro viaje por las brumas del sueño, la inerme visita neuronal, los seres fantasmales. Un tironazo me devolvió a la tierra, es decir, a los rieles. Y el tren chino se puso en marcha, milagrosamente. Traca traca traca. Un son de Guillén para adultos antillanos.

Camagüey, comarca de pastores y sombreros, suelo de Agramonte, natal de Tula. Una nueva parada para habilitar los hierros y los cuerpos. Corred hacia los precios, las galletas que han bajado del cielo, los creativos siropes. Consumid luego tres raciones de un viejo concierto de Van Van, tres y media de una cinta donde todos se matan.

Comienza la llanura infinita, el largo descenso verde, el valle del marabú.

Llegó un día a estas tierras, misteriosamente. *Dichrostachys cinérea*. Resiste el fuego, el corte, el desbroce, la sequía. Campea a sus anchas. Su flor de terciopelo se mueve graciosamente al viento, sobre la masa impenetrable, espinosa, lerda.

Aprieto la cámara, absorto, rendido a sus cortinas rompevientos, sus naturales sembradíos, su rebeldía, sus bosques. No se querrá decir, pero ha destronado a la ceiba y a la palma y a la caña. Es ya nuestro árbol nacional. Y como el hombre claudicó, el marabú ha comenzado a crecer en algunas mentes, en ciertos brazos.

Oriente asoma. Sus casas proletarias, a derecha y a izquierda. Un niño le dice adiós al tren con un candor inclaudicable. Se parece a mí. Veintisiete horas después estoy en Santiago, sin la rubia cabeza de Fonseca y sin la rosa de Romeo y Julieta.

Podía haber llegado a Vladivostok.

La Sierra se recorta, el ángel de la catedral enseñoera, la ciudad se desparrama; pero mis ojos, nada ven; pero mis piernas, nada sienten. Quisiera ser ahora mismo una planta de marabú, resistente al fuego, al corte, el desbroce, la sequía. Y soy apenas el pequeño viajero que avanza por el largo andén.

(La Jiribilla, 1/ 08 / 2022)

EL REGRESO

Siempre temí volver a estos caminos. Son otros y son los mismos, son muchos los fantasmas. He vuelto cuarenta años después.

No sé cómo puedo llegar a la curva y que asomen a un costado, al otro, las casas ancestrales. Cómo cruzar la cañada con tres piedras para salvar el hilo de agua. Cómo mirar el mamoncillo, sin que un sabor inconfundible suba a mis labios. Cómo tocar en el recodo, la flor aterciopelada de la carolina, cual si fuera abril.

Más allá, la pequeña escuela, aquella donde mi madre se estrenara. La maestra que llegó del asfalto, la que hundió sus zapatos altos en el surco humedecido. En algún sitio ha de andar el labrador —silbando su canción favorita—, el que a la vuelta será mi padre. Aquí comenzaron a soñarme.

Abro el portalón, después de los corrales sigo el trillo hasta la nueva casa. La naturaleza en esplendor. La palma solitaria erguida en la llanura. Allá, en el declive, como un trazo magistral, los caballos pastan.

Volver es renacer.

Mi prima Adelaida también ha vuelto, desde el otro lado del Océano, desde la torre Eiffel hasta Vegabotada, San Luis adentro, Oriente adentro. El que hunde su raíz en la savia familiar, jamás se pierde. Ella ha logrado reunirnos, reconstruirnos, rearmarnos. Ella nos ha sentado frente a frente.

Por un instante se hace el milagro: los teléfonos móviles ceden a la contada. La vida salta de la pantalla. Y entonces, los años rasgan su tupido velo, el poeta saca la lira. Nombro a mis tíos patriarcas, a los primos de mi generación, uno por uno. La memoria se tensa. Sus dolores son los míos. La carne que ha mordido el tiempo es mi propia carne. Tiendo mi mano, guardo mi desconcierto, saco el pecho para las nuevas ramas.

A un costado, el cerdo gira en la púa. Los ojos se prenden a la piel dorada. Crepita la madera. La mesa pierde una astilla cuando dejan caer la ficha del dominó: estoy aquí, anuncia el doble seis...

El machete cae sobre el coco hasta que el agua escapa de la tierna masa. La yuca y el ñame dejan de ser insulto en las tarimas, el exotismo, la histeria. Ahora son las delicias que entran al tenedor, que se deshacen al primer contacto. Por sobre los olores, por entre los sabores, es Cuba la que flota. Es la paz.

Cuando pregunto el nombre de la pequeña, de la hija de José, me dice que es Marina, como su madre. ¡Qué bautismo, qué esfuerzo por no rendirse! ¡Qué olas rompiendo siempre entre lo que se va y lo que comienza! Con sus ojillos clavados en los míos, regreso.

He vuelto cuarenta años después. Voy en reversa, voy en vilo, voy niño. Estos caminos todo lo pueden.

(La Jiribilla, 3/12/2021)

LA TARJETA

Hoy despejé la paradoja que siempre creí ver en dos sentencias: “No por mucho madrugar, amanece más temprano” y “Al que madruga, Dios lo ayuda”. Solo basta aplicarlas según la madrugada. Era el tercer intento, el de la vencida, para obtener en una agencia bancaria, la tarjeta magnética en Moneda Librementemente Convertible. La MLC. La abre puertas.

Una antes meridiano, siete antes de la apertura. Parque de Céspedes, corazón de Santiago. Hago el cuatro. El cuatro bajo las estrellas y sin cabaret. Son veinte turnos diarios, veinte y se acabó. He llegado desde el poblado de Boniato, desde allá.

El destino se empeña en complicar las cosas. Recibo un fagonazo directo al pecho: hay una “lista”, me sueltan. Se han “reservado” ya los veinte turnos, me aclaran, desde las seis de la tarde del día anterior. La portavoz se solaza, se contonea.

¡Una lista!

Una lista es un intento —macabro—, de organizar lo que no tiene orden: una cola. Una lista es un coto cerrado, un caldo de cultivo para la reventa, un ejercicio para medrar, una cosa.

Las listas están excomulgadas de manera oficial, pero subsisten, insisten. Siempre hay quienes las exhuman por la izquierda y un coro que las respalda por la derecha. Un grupo agita el vórtice y el resto es consumido por la succión.

La calle es como es.

Me niego a contar lo dicho entre ellos (los de la lista) y nosotros (a los que nos rompía la madrugada). Lenguaje de adultos, de adultísimos. La desesperación, la necesidad y el oportunismo conforman un trío letal.

Cuando estaba a punto de llegar el momento de la verdad, el de abrir la agencia, la hora de los hornos; pasé del banco del parque a la pared del Banco. De banco a Banco. Apostarse, estar en la viva, con la carabina al hombro.

La sospechosa lista se desinfló. Tira y afloja hasta hacer el doce. Era salvo. Entre el número, el ticket, el papelito, la entrada a la sucursal 8321 del Banco de Crédito y Comercio, mediaron dos horas. Dos más. Los labios secos, partidos. Me dejé caer en los escalones del parque, con mi nasobuco puesto, mi gorra hundida. La foto se ha vuelto clásica.

La entrada al Banco debió ser triunfal, a lo Cleopatra; pero fue triste, a lo Chaplin. Estrés postraumático. Cuando al fin recibí la tarjeta, no entendí las indicaciones. Mi mano estaba desconocida, descentrada. Apenas podía firmar.

Es septiembre, es nueve, es el día en que nació mi madre. Ni eso alivia. Es el Parque de Céspedes, el corazón de Santiago. Este lugar, ya nunca será igual.

(Bajo la epidemia de la COVID-19. *Facebook*, muro personal, 19 de septiembre de 2020)

DESHUEVADO

● Sabes dónde hay huevo?, pregunté en un susurro a B., la alcaldesa del barrio, la gurú, la que todos los hilos trenza. Sobre dos bloques, en la mismísima esquina, con una palangana al lado, pregonaba su autoridad.

—No hay... bueno, no tengo; pero mira (y me miró fijamente antes de concederme su gracia), dos cuadras más allá, en un interior, pregunta por R., el hijo de Muñeca. Todo el mundo lo conoce.

Y allá me fui, a paso rápido, a por R., el hijo de Muñeca. Atravesé el largo pasillo hasta desembocar en una casa que dejaba un pequeño espacio entre dos tanques de agua. Un gladiador superpesado (a lo Mijaín López), me recibió. Los pies descalzos, el torso desnudo, el short agujereado por aquí y también por allá...

Fui directo al tema. Solo necesitaba dos palabras:

—¿Tiene huevos?

En ese momento, juro que no advertí que mi pregunta (lanzada así, a boca de jarro), podía ser tomada como una provocación de doble sentido, un cuestionamiento impertinente. La respuesta pudo haber sido bastante procaz. La mirada inquisitiva no resultaba buen presagio.

—Vengo de parte de B., aclaré con urgencia.

El santo y seña hizo efecto inmediato, y aquel Mijaín santiaguero tuvo para mí, una noble respuesta:

—No, compa... se acabaron... pero mira, a mediación de la otra cuadra, vive S., la melliza, pregúntale. Dile que vas de mi parte.

Y allá me fui a buscar a S., la melliza, de parte de R, el hijo de Muñeca. Hoy me tocaba penetrar la Cuba profunda.

Hubiera tomado una foto de leyenda en la antesala: una anciana como un palitroque, con dos pellejos colgándole del pecho, con una bata de casa inmemorial, peinaba el remolino de una niña —“con la pasa alborotá”, hubiera dicho Luis Carbonell en una de sus estampas— y por si algo faltara, un niño, más pequeño aún, arrastraba el pedazo de un ventilador plástico a modo de carrito.

S., la melliza, era una *jabá* bien compuesta, de largas uñas, que me recibió con una sonrisa, pero... ¡ay!... tampoco tenía huevos.

Regresé derrotado, cabizbajo, como oveja al portón. Y allí estaba la alcaldesa del barrio, la gurú, la que todos los hilos trenza; por supuesto, sobre dos bloques, en la mismísima esquina, con una palangana al lado, pregonando su autoridad.

Ensayé un tono lastimero, el mejor que pude, y ya en confianza, le solté:

—Oye, chica... no encontré huevo...

—Yo te quise ayudar, mijito... pero cuando yo no tengo, ¡nadie tiene!, me dijo ya de pie, reafirmativa, extendida en toda

su majestad. Y entonces, brazo en mi hombro, concediéndome su gracia por segunda vez, me dijo en un susurro: “Ven mañana, fíjate... pero ven temprano...”

(¡Ay!, Miriam Socarrás tú que no comías huevo, que lo dijiste con tanto énfasis, en aquella escena de *Plaff* frente a la mismísima Daysi Granados)

Y me fui en modo participio: sudado, deshuevado, esperando en que mañana sí, mañana...

NOTA: Obsérvese que no hemos hablado del precio de cada posturita. No hay casualidad, no hay olvido: es la protección anti infarto.

(*Facebook*, muro personal, 22 de octubre de 2022)

ENAMORAMIENTO SÚBITO

Mi amiga E. se ha llegado a mi casa a la hora cero, cerca del mediodía. “Dame un vaso de agua, por favor”, me suelta medio desfallecida, y se lo apura. Empieza a descargar, la pobre, a referirme los pormenores de la cola que le ha llevado toda la mañana. Yo me sé el cuento sin haber estado, pero debo escucharla. Es una asistencia humanitaria la que le brindo.

Es la hora cero, repito. “Siéntate para que almuerces”, le digo. “No, no”, me devuelve con la voz; aunque el rostro es de “sí, sí”.

(Es de buena educación, comentaba mi abuela, no decir sí a la primera)

“Déjate de boberías y siéntate ahí”. Subí el tono, como indicaban las circunstancias, como era menester. Y le puse a mi amiga lo que tenía. En un santiamén, le extendí el plato con un poco de arroz, una vianda hervida y...

¿Un huevo frito?!

(Ya sé que la letra escrita jamás podrá captar la expresión justa. Interrogación y estupefacción al mismo tiempo. Este es uno de esos casos donde van dos signos de puntuación, me lo habría recordado Josefina Jardines, mi profe de Gramática)

Y entonces sobrevino la mundial. El rostro serio, la expresión marcada:

“Oye, Reinaldo, dime la verdad... ¿tú no estarás enamorado de mí?”

La risa debe haberse escuchado en la Conchinchina.

(*Facebook*, muro personal, 9 de abril de 2023)

COL PARA DOS

No voy a dar una disquisición que si col, que si repollo (que “no es lo mismo, pero es igual”, diría Silvio). Mi fuerte no es la Botánica, pero por si acaso, preciso. Me refiero a esas hojas que se abrazan unas contra otras, de la nutrida familia de las *Brassicaceae* o *brasicáceas*; a esa esfera vegetal que nos llevamos a casa, que antaño era un acompañante o una ensalada, y que se ha vuelto un salvavidas, un extensor de esto, de aquello y hasta de lo otro. Y a veces, hasta el mismísimo plato fuerte.

Sino, pregúntele a Esther, la bailarina de la cocina, que hace un *fueté* con aquellas hojas, que en el aire las compone. No seas indiscreto, no preguntes con qué, ni quieras saber dónde.

No disgrego más. Era la mañana y como todas ellas, tomé mi jabita de la recolección y partí rumbo al mercado. Subí la loma y distinguí a lo lejos unas diez o quince personas. Había col, o repollo. Eso.

Nunca aparece un ejemplar pequeño, medianito él. No. Son siempre exuberantes, enormes, rompedores, como su precio. Tantas capas le han aburguesado.

Delante de mí había dos señoras de edad, dos vecinas, dos damas. Nunca les digo tías. Las hermanas de mi madre o de mi padre, son tan queridas, tan singulares, tan sagradas que no traspaso esa familiaridad única a otras personas.

Cuando el vendedor le comunica el precio de aquella masa de hojas (por supuesto, luego de tirada en una de nuestras pesas desajustadas, inmemoriales, típicas), la señora uno se encogió. La señora dos llevó su mano a la cabeza.

¡200!... repitieron al unísono.

“Qué va, mijito, no lo puedo llevar”, dijo la señora uno, con pesar... ¡Ah!, pero la señora dos estaba en la viva, en la que se cayó y le dijo: “sí, sí, póngalo (tono conciliatorio), la compramos entre las dos”.

Muy orondo, el vendedor tomó el cuchillo, picó el repollo (digo, la col), justo a la mitad, por la mismísima nervadura. Y las vi bajar, a la señora uno y a la señora dos, hablando animadamente, cada una feliz con la mitad de la *brasicácea* en su jabita.

Ahora me toca a mí...

(Facebook, muro personal, 6 de mayo de 2023)

POÉTICAS

Eran las tres, la hora postrer de Lola, bajo el “cerrero sol de Santiago”, como diría mi colega Enrique Milanés. Andaba yo esperando, desesperando en la parada. El largo camino a casa, enésima parte. El grito de... Boniatoooo me hizo saltar. Nótese que uso mayúsculas, no es el simple tubérculo, es el nombre de mi loma, de mi republiqueta.

Y allá voy, tan de prisa que alcanzo a sentarme. Y una vez en la privilegiada posición, abro el libro recién comprado: *Ensayos* de Dulce María Loynaz. Me sumerjo, sin importar los roces, ni la canícula vespertina, ni... Voy a la Storni, a Alfonsina, a su final, visto con la mirada loynaciana:

“(...) la vida entra y sale por cada poro diluida hasta sus mínimas esencias. Es toda ella un tamiz de vida, un rezumar de vida lenta... Y de pronto se echa a la muerte. Y que muerte escoge (...) El mar solo y ella sola. Él rezongando su soledad

abajo, ella la suya arriba. Pero solo un momento. Pronto mujer y mar se funden para siempre y toda soledad es una sola...”¹⁵

El reguetón va detrás: “Que te parto el c..., que te parto el...” Dos planetas paralelos, girando cada cual sobre su propio eje. Este no es imaginario.

Voy a Delmira Agustini. La poesía no cree en el sol ni en camionetas. Dulce María insiste: “Esta mujer de garra y ala es un arcángel ensordecido abatiendo la sombra a aletazos. Arranca los luceros y los aplasta entre sus pies (...) Es asombroso que un hombre de carne y hueso pensara en casarse con ella. Es como si uno de nuestros amables jóvenes pidiera la mano de una cometa o de un bólido...”¹⁶

El reguetón también es un bólido, un objeto del espacio. Y lo surca encendido.

No advertí la llegada. El chico que escucha la promesa carnal, el eros rústico, la oda repartera, me toca el hombro. Aún estoy enlazando líneas, sumando asombros. Tropiezo al bajarme. Es el chico quien me ayuda a no caer. Lo reguetón no quita lo cortés.

La Cervantes del Vedado comienza a hablarme de la Avellaneda, mientras el aire se llena de otra poética, con su pequeño coro: Que te parto el c... que te lo parto...

(*Facebook*, muro personal, 30 de junio de 2022)

¹⁵ Dulce María Loynaz: *Ensayos*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, pp. 42-43.

¹⁶ Dulce María Loynaz: *Op. Cit.*, p. 46.

NO SOY GAY

 No soy gay!, me dijo entre lágrimas. ¡No lo soy!, repitió con fervor. Casi me convenció. Era muy tarde, era muy lejos, tendría que quedarse. De amante pasé a terapeuta. Lo consolé como pude, le dije que una vez no determina nada, le dije lo que precisaba escuchar aquel muchacho ovillado en mi cama, aquel chico tímido, desnudo, hermoso, que juraba y perjuraba que no era gay.

Un sabor agridulce me quedó en los labios cuando lo vi esfumarse en las primeras horas.

Me asombré cuando desembarcó en mi casa unos días después. Se quebró la sentencia del segundo encuentro. Fue una fiebre, una venganza; pero al final, volvió la desesperación:

—¿Cómo voy a vivir después de esto?... ¡No soy gay, cojone, nooo...!

Un sonsonete, una penitencia, una expiación.

Mi vocación de consejero se había aletargado, se había quedado entre las sábanas, se había extraviado mientras recorría su cuerpo erizado, gimiente, duro. Y ya comenzaba a

extraviarme yo mismo, cuando hice acopios de voluntad y le mostré la puerta. Tarde y todo, tendría que irse. Era el fin.

Así pensaba, así debió ser, mas hubo otra, la tercera. Lo recibí con sequedad, que lo pensara bien antes de abrazarme, que se detuviera antes de quedarse sin nada; pero sus ojos ardían, ardían los míos y el deseo se saltó cualquier remilgo, y la lujuria, con su capa de lluvia, nos empapó.

Cuando pensé que había dado el paso, que finalmente había cruzado el puente, cuando creí que por tercera sería la vencida, pretextó un compromiso ineludible, una tarea impostergable, algo. Y le vi enrojecer, le vi rabiarse contra sí, le vi irse.

Una cuarta ocasión era un exceso que decidí no permitirme. No, le dije cuando tocó mi puerta. No, cuando rogó, de ninguna manera. Y no hubo nada ni nadie que me sacara de ahí. Y la vida siguió. La vida siempre sigue, siempre empuja.

Una tarde me encontré con él. Solo en la calle sola. Me estremeció su mirada nerviosa, su mirada perdida. Quise ayudarlo, cuando dio un traspiés. Quise decirle, cuando le vi escapar a toda carrera. Un gemido lo siguió, o tal vez fue un extravío de mi mente. Y yo, que me creía a salvo, lloré.

(Testimonio publicado en *Alma Mater*, 17 de mayo de 2022)

TRISTEAR

No tengo una lágrima para mi madre, ni una sola. El día que le dije, el día que la llamé después de tantos meses de dudas, aquella tarde en que le confesé que yo quería a Miriam... mamá, que es más que mi compañera de estudios, más que mi amiga, mamá... y busqué sus ojos, mi madre me miró con asco. No tengo otra palabra: asco. Se levantó y de un portazo, se encerró en su cuarto. Fueron muchos días buscando una respuesta, un gesto, una reacción.

Cuando le dije de dividir este caserón viejo, de hacer una entrada de la calle a mi biblioteca, me recordó a mi padre, a mi abuelo: se revolverían en su tumba... ¡qué dirían... qué me vas a matar! Yo sé que eso es lo que quieres, remató.

Cuando Miriam entró, ya no como estudiante, ya no como mi amiga, mi madre calló, sí; pero estrenó un mutismo lacerante, desconocido, seco. Se plantaba en medio de la sala como una guardiana. Y una tarde —¡qué tarde!— cuando

Miriam subía la escalera hacia mi biblioteca, no se pudo aguantar:

—“¿A dónde crees que vas? No me he muerto todavía... en mi casa no permito indecencias”.

Miriam salió corriendo. No le cabía el rostro entre las manos. Y no hubo nada que le dijera —nada en este mundo—, que la hiciera regresar.

Han pasado los años, he tenido que salir de casa para buscar un instante de felicidad, he tenido que arrancarlos por ahí, por allá. Jamás he tenido un abrazo cerca de mis libros, un beso de mujer en la cabecera de mi cama, un orgasmo en mis paredes. Jamás.

Ahora estoy vieja. Mi madre, revieja. La he visto llorar por los rincones, la he visto tristear; pero no tengo lágrimas. No tengo nada para darle. Estoy seca.

(Testimonio publicado en *Facebook*, Grupo Otrredades, 11 de agosto de 2021)

LOS SÍES Y LOS NOES

No va a sobrevivir, dijeron a lo bajo, para que el niño que todo lo escuchaba, no escuchara. Y el niño insistió tanto en ver a su madre que no pudieron negárselo. En la distancia, detrás de la cerca, detrás del cristal, apenas atinó a ver un pedazo del rostro y una mano envuelta en gasas, alzada sabe Dios cómo.

No va a sobrevivir, susurraron; pero solo un hijo sabe escrutar los ojos de una madre. Y volvió a sus juegos, confiado, diciéndose a sí mismo donde nadie lo escuchara, que sí lo lograría. Cuando regresó a casa, se plantó en medio de la sala para recibirla. Y como aún no podía estrecharla, le entregó al aire aquel abrazo que solo el pecho de una madre es capaz de advertir.

No lo va a recibir. Fue una mordida, cinco palabras masculladas. La negativa fue el impulso definitivo para que sí me recibiera. Me iba la vida en aquella entrevista, la más legendaria de cuantas he hecho. Así el 19 de septiembre de 1994, en 19 y E, en el corazón del Vedado, se abrió la reja, la

puerta, la cancela. La gran dama de América, Dulce María Loynaz, me recibió en su sillón secular.

He escrito de aquel instante muchas veces: si te cobija la fronda de una ceiba, ya no escapas. La escritora, desde la altura de sus 90 años, me entregó una lección de respeto a sí misma y de lealtad a su país, a toda prueba.

No se puede violentar el tiempo de la ciencia, advirtieron algunos. Elaborar una vacuna toma años, repitieron otros, justo cuando la COVID-19 azotaba inmisericorde. En tono docto, irrefutable, experto... mas era este un tiempo otro: el de empujar al tiempo, el de exprimir la experiencia, de refundar los plazos. Era de vida o muerte. Y ahí las tenéis, salvándonos.

Lo que hasta ayer parece una sentencia inamovible, hoy tiene que montar a caballo, mañana ya es historia.

No besa una mujer a otra mujer, no toma un caballero la mano de un caballero. Al menos que lo hagan a escondidas, bendita sea la hipocresía... Ellos, sin embargo, tendieron alas, juntaron labios, salieron a la luz. *Love is love*. No podían esperar a que el mundo se enmendara, a que el amor se secara.

No comerás un pan que sirva, me dijo mi vecina —categórica, como una experta que ha sobrevivido a todo—, cuando me vio sostenerlo, examinarlo entre mis dedos. Hemos hablado de la calidad del pan, de su gramaje, de su confección, lo mismo cuando hubo más recursos que cuando hay que inventárselos. Ha sido como un disco rayado, como pi, como la piedra de Sísifo.

¿Hemos dejado por imposible el pan nuestro, el de cada día, como ecuación de segundo grado, difícil de despejar? ¿Hemos pasado de largo ante la masa minúscula, trasnochada, porque nos urgen cosas de “mayor importancia”?

No debes decirlo con esas palabras, no ahora, me aconsejaron antes de la reunión. Hay que desmarcarse, aguardar,

rumiar... He escuchado esas sutiles sugerencias, he sentido la mano en el hombro. Benedetti les respondía por mí: “el grito tan exacto / si el tiempo lo permite (...) el coraje tan dócil / la bravura tan chirle / la intrepidez tan lenta / no me sirve”.¹⁷

Sí las dije, sí lo hice. Fidelidad no es silencio. Cuba necesita todas las voces, todas. Al fin, para esos que no quieren escuchar, nunca hallarás la forma correcta ni el lugar exacto.

De algunos sitios he tenido que irme, pero doy por bien empleado el tiempo. Siempre hay momentos para las bienvenidas y momentos para los adioses. Podemos soñar una sociedad mejor, tenemos que hacerlo; pero sin solapar jamás la sociedad que tenemos en la sociedad que queremos.

Los noes son anclas. Los síes son lanzas. ¿Con cuál te quedas?

(Juventud Rebelde, 21 de mayo de 2022)

¹⁷ Mario Benedetti: “Me sirve, no me sirve”, en Mario Benedetti: *Antología poética*, Fondo Editorial Casa de Las Américas, 2003, pp. 129-130.

***HIJO DEL
CAMINO***



DEDICATORIAS

Alguien me dijo que la dedicatoria de un libro es lo más difícil del mundo. Nunca olvidé la frase, pero la descreí. Y pareció perderse, esfumarse en el día a día, hasta que me vi frente a Dulce María Loynaz, nuestra Cervantes, en su propia casa, en aquella hora sin fin. La Loynaz, operada de catarata en uno de sus ojos, tanteó los bordes de la edición que le extendí de sus *Poesías Escogidas* y amablemente escribió: “A Reinaldo Cedeño que viene de la tierra donde las palmas son más altas y los corazones más abiertos”. De pronto, me había vuelto una ciudad. Y aferrada a su sillón secular, agregó todavía la fecha: 19 de septiembre de 1994.

Cuando la estrechez de la hoja no le alcanzó, puso un guion al final. Faltan trazos superiores en la letra T, acaso no podía pedirle más. Martí flota en las primeras palabras: “Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia: en la infatigable

Santiago”.¹⁸ Así lo pronunció en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889. Así lo dijo de una vez y para siempre. Sin embargo, ¿dónde encontrar los hilos que ligaran a la escritora a la tierra santiaguera, hacia aquella afirmación tan rotunda?

Una dedicatoria es siempre una historia.

Encontré una pista cuando me asomé a las *Cartas que no se extraviaron*, a una fechada en 1942, que dirige a su amiga Angélica Busquet. No es demasiado galante su encuentro: “(...) aquí estoy en Santiago de Cuba. Hace calor y polvo; el mar se esconde”.¹⁹ Le apunta sus impresiones tras visitar el Santuario de El Cobre y la tumba de Martí. Y empieza a cambiar de tono su pluma, siempre exigente; su personalidad, tantas veces ríspida: “Creo que estaré aquí unos días más (...) quisiera que fueran muchos. Me vestiría de muselina y me pondría una flor en el pelo; pero tal vez ya no tenga tiempo (...) El tiempo siempre, ya ves, el enemigo”.²⁰

Quizás en esas letras pueda conectarse a la escritora al borde de la euforia, en el estreno de sus cuarenta; con esta otra dama nonagenaria que me escribe de su puño y letra, sobre “los corazones más abiertos” de la antigua capital oriental. Algo habría marcado su memoria. Algo.

El 13 de junio de 1988 me fui a casa de José Soler Puig. Arribaba ese día a los 20 años. ¡Ay, los veinte! La sugerencia de entrevistarlo partió de mi tutor en esas prácticas como estudiante de periodismo, Marco Antonio Martínez Cabrerizo. Me aparecí en su casa a la hora menos adecuada, el mediodía.

¹⁸ José Martí: *Obras escogidas*, Tomo II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 405.

¹⁹ Dulce María Loynaz: *Cartas que no se extraviaron*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2016, p. 78.

²⁰ *Ibidem*.

Calle 5., número 555, reparto Sueño. Y se asomó aquel Quijote urbano, el autor de *Bertillón 166*, el escritor de *El Pan dormido*.

La acogida, la del escritor y la de su esposa Chila, fue pura bondad. De su vida azarosa, del contacto entre la realidad y la ficción, de la muerte de su hijo, de Santiago. De eso hablamos Soler y yo. Y a modo de despedida, me entregó con la voz entrecortada, una página de aquella narrativa inmortal, la del caballero andante por las llanuras manchegas. El suplemento cultural *Perfil de Santiago* publicó mis apuntes y unos días más tarde, a todo riesgo, se lo llevé en persona.

Lo vi entonces tomar un ejemplar de su novela de la clandestinidad, la que estrenó el Premio Casa de las Américas en 1960. Lo vi inclinarse, escribir. Resistí todas las tentaciones y abrí el libro en la soledad de mi cuarto. Si ahora me decido a develar este capítulo personal, es porque ya lo hizo público la exposición que la Biblioteca Elvira Cape organizó en su espacio “El autor y su obra”. En una de sus vitrinas, van aquellas palabras: “Para Reinaldo Cedeño, seguro de que en un no lejano cumpleaños, referido al de hoy, ya tendrá un nombre literario”.

El augurio no ancla en la vanidad del destinatario, solo podrá hallarse en la generosidad sin límites de un clásico de la literatura cubana para un imberbe muchacho que estaba por hacerse en todos sus aspectos. Nunca he tenido como agradecerse, acaso no habrá forma; pero es, eso sí, el regalo de cumpleaños más hermoso que he tenido jamás.

Alguien me dijo que la dedicatoria de un libro es la frase más difícil del mundo. Lo descreí, repito... hasta que me tocó de cerca, hasta que viví en la Plaza de la Revolución Antonio Maceo, en el Salón de los Vitrales, la presentación de *La noche más larga*, un volumen sobre Sandy, el huracán que se abatió

sobre tierra oriental, una noche-madrugada de octubre, de 2012.

Aquel suceso resultó un parteaguas. El libro devolvía ese pasaje en letras, en imágenes. Cronistas, poetas, científicos, fotógrafos, gente que contaba sus vivencias. El asombro y las angustias, los primeros brotes, el espíritu indómito. Amigos y desconocidos... se arracimaron sobre mí. Es el momento donde cada quien busca (y seguramente merece) una frase personalizada, original. Es el instante donde empiezan a escapársete los nombres, a turbarse las ideas; mas hay que apretar la mano, rezar tres veces, agradecer a los vivos y a los muertos, cuando eso ocurre, aunque sea una, una vez en tu vida.

(Juventud Rebelde, 6 de enero de 2023)

¡ARRE!

Cuando miro mi loma, mi pequeña montaña, la de todos los días, no me lo creo. ¿Cómo me lanzaba yo por esa pendiente — temerario—, con aquel caballito de metal que mi madre compró un día hace 50 años?

Fue el juguete más querido, el de la suerte, el mágico, el eterno.

Nunca lo esperé, fue una auténtica sorpresa. Busco aquellos ojitos, aquel día. Me tuvieron que animar a subir al quitrín, a tomar las riendas, porque quedé petrificado en medio de la sala, buscando respuestas, preguntando en el silencio si tanta dicha era acaso para mí. Me asía a sus crines de goma en la despeñada, daba pedaleos desesperados en los ascensos. Choqué muebles, desgarré cortinas, tracé surcos, empujé a los amigos. Me sentí rey en el corcel minúsculo.

Cuando di el estirón, cuando fue el tiempo de cabalgar la vida, no dejé que nadie lo tocara. Algunos escogidos subieron, es verdad; pero siempre bajo mi supervisión. Resistí tentadoras

ofertas, soporté burlas. Me tildaron de absurdo, inútil, caprichoso.

Los adultos nada saben.

Primero fue una rueda. Luego el rabo, el tornillo, el timón. El tiempo es como es. El caballito fue al cuarto de las cosas quebradas, de las cosas de ayer... pero esta mañana me despertó un relincho. Mi padre ha sido Merlín y ha sido Midas. Los años le han dado el toque: los contornos volvieron, el número cinco resplandeció. Adaptó nuevas ruedas, cosió viejos neumáticos. Ahora es suave, es real. El caballo ha crecido de pronto.

No es para ti, me aclara así nomás. Ya no es tuyo. Lo que me está diciendo nos podría colocar al borde de una guerra, si no supiera que hay un príncipe en camino, que su coronación es este agosto, que se llama Marcelo. En tiempos electrónicos, un caballito de metal es un anacronismo, le digo; pero el abuelo no me oye, no se deja vencer.

Es temprano, es el día. Tres años frente a un juguete de medio siglo. Se frota los dedos, una, otra vez, incrédulo. Una chispa en sus ojos, nos quema. Y las bridas escapan de manos del octogenario. Si las letras pudieran imitar el sonido de sus labios, si pudieran.

—¡Arre, caballito, arre...!

Todos somos niños.

Unas palmaditas en la grupa, aprieta la soga, espolea. Marcelo mira abajo, mira la pequeña montaña, mira con fijeza. Conozco esas miradas. Hay unos deseos de lanzarse en sus ojos. Hay unos deseos incontenibles en mi garganta...

(Juventud Rebelde, 29 de agosto de 2022)

MÁGICA CIUDAD

Caribe Arrate. Gretel Arrate Hechavarría. La artista y el Caribe recortado un instante contra la catedral, retenido un instante en el asfalto. A cuentas, a gotas, a fuego.

Vengo a contar la historia de cada julio, del candente metal contra mi carne, la sangre subterránea, el abalorio de mi desnudez. Vengo a mirar la mirada del otro: el filo está en mi lengua y nada temo. Vengo a danzar la vida de mis loas. A poner mano sobre mano, la brea contra el atabal, la semilla que parió la selva, que cruza mi pecho descubierto, el ojo de cristal empapado en alcohol.

Festival del Caribe, cuarenta años de diásporas, de encuentros. Desfila la serpiente en el mismísimo corazón de Santiago de Cuba, en Santiago del mundo, en Santiago de apóstoles, de repiques, de soles.

Tengo la mano asida al lente. Tengo el cobalto estrellado en mi frente. Tengo el hacha, la luz, y si la toco, la ciudad explota.

REINALDO CEDEÑO PINEDA

Mirad bien el rostro delante de mi cámara, debajo de mis máscaras. Mis plumas desafían lanzas; mis bailes son contra el odio.

Mirad bien estas chispas cómo arden, estas chispas del diablo. Cómo el tizón atiza contra el cielo. Cómo sostengo la olla que me sostiene. Cómo ennegrezco, cómo enrojezco, cómo soleo.

Yo soy el caracol, yo soy la espuma. La muerte en cueros, la sagrada rama, la cobija. Soy la uña, el aire y el rumor suspendido. Soy un signo en la tierra. Yo soy Santiago. Una ciudad a cuentas, a gotas, a fuego. Os la presento.

(Palabras de catálogo a la exposición homónima de Grettel Arrate Hechavarría, Galería Oriente, Festival del Caribe, 2022)

SANTIAGO, CUANDO PIENSO EN TI

Cuando pienso en ti, Santiago, pienso en una maestra que me enseñó a leer, que me enseñó a vivir, que me parió dos veces, tantas veces. Se llamaba Caridad, como la virgencita del Cobre.

Pienso en Daysi Cué, la vindicadora de Plácido. En mi colega Nereyda Barceló, la guerrillera de la ternura. En Clara de la Nobleza Cumbá. En Tayseth, heroína de los días difíciles de la COVID-19. En Teresa Melo y los locos —es decir los poetas— que traspasan las puertas.

En Nancy, en Dagoberto, en los Dos Viejos Pánicos que han dejado pedazos en cada rincón de la ciudad. En Eduardo Delgado, danzando entre los libros. Eduardo Rivero, el Ogún eterno, danzando por las calles. Guzmán Cabrales, atravesando el aire con su voz: *Domingo a las once*.

En Electo, levantando sus manos para hacer el milagro de la música. En el Orfeón y en Grisel Gómez, plantada frente al

castigador de mujeres. En Eva Griñán, sosteniendo las claves, cantando a Alberto Villalón en la Casa de la Trova. Y pienso en Matamoros, en Don Miguel, susurrándole bajito a Mercedes Cuevas en el Tivoli:

*Dime que ya eres libre
como es el viento.*

*Dime que no me quieres,
que ya me olvidas...²¹*

Cuando pienso, cuando lo hago, se me aparece Ana, mi vecina, y atravieso su largo pasillo de rosas injertadas. Viene Doña Guiomar, María Elena, mi novia de la televisión en blanco y negro, con su corpiño y su flor a la cabeza. Aguilera Vicente, con su gabán, desafiando la lluvia en Padre Pico, y Rolando González, con una caracola en la solapa.

Santiago, si con tus soles ardo, tus soles maniseros. Si bajo por tus lomas, si escalo tus pretorios, me encuentro con Soler, clandestino; con Yunier, el chico de las páginas y el río; con Sara Inés Fernández, la dama de las fechas; con Frank, enamorado, antes de la metralla; con Aquiles y su guitarra. El Quijote Negro y una luciérnaga en la mano. Pedro Gómez, con un minúsculo pedazo de papel: está naciendo una canción:

*Calle Enramada mayor
novia de nuestra ciudad
populosa arteria principal
de mi Santiago...²²*

²¹ “Reclamo místico” de Miguel Matamoros.

²² “Calle Enramada” de Pedro Gómez.

Tengo una tarde monumental, telúrica. Y la noche más larga. Tengo una cita con la historia, es decir, con Olguita. Subo La Balbina, la villa de Los Tejada, diviso el Puerto de Boniato con dos naranjas en los ojos. Hasta Santiago a pie, me voy con Bonne. Y a El Caney, a los helechos, al imperio de Manolito Caluff.

Tengo un lirio para Mirtha Clavería. Para Marta Mosquera, un capullito de rosa. Un café con Elsa y Rafael. Una tertulia con Vladimir y Elio. Una familia entera en Trocha y Carretera del Morro. Una entrada para Macubá. Una página cerca del ángel. Una crónica bailándome

Cuando pienso, Santiago, en tus abrazos, en tus mordidas. Cuando pienso, empecinado, en tu gente roja, blanca, negra, verde. Cuando pienso en tus ojos. Cuando pienso en ti...

(CubaPeriodistas, 26 de julio de 2020)

HIJO DEL CAMINO

El momento más hermoso del mundo es cuando regreso a casa, después de haber andado la ciudad, buscando sus hermosuras o inventándomelas. Subo a pie por la vieja carretera. Subo la loma, cansino, polvoriento. La mochila cuelga de mi hombro, cuelga la tarde. No sé si moriré en estos caminos, no sé cuántas batallas pueda; pero entretanto, sigo.

Mi padre octogenario abre la puerta. Siempre hay un plato esperándome, siempre hay una palabra. Los abrazos de mi madre ya no están, pero los he guardado allí donde nadie puede quitármelos. Y comienzo a cerrar el día en mi espacio íntimo, sin engaños, conmigo.

(Facebook, muro personal, 30 de enero de 2023)

UNA RADIO, MIL HISTORIAS

A Zulima Nicolau y Ana Gloria Cámbara.

A Radio Siboney.

Pues bien, llegué a la radio antes del clic, antes del mouse, antes. En el albor del nuevo siglo, en la entrada del milenio. Aquellas máquinas metálicas, enormes, compactas, que reproducían cintas magnetofónicas, habían demostrado una resistencia olímpica, habían desafiado los calores del trópico, se habían graduado de eternas. Las STM 200 y las cintas ORWO, aquel matrimonio germano-magyar, merece una oda.

Venía de la prensa escrita, así que este mundillo radial al que me asomaba por primera vez, tenía para mí, no pocos asombros. Me tocó conformar el primer noticiero de la historia de Radio Siboney, especializada en música instrumental ligera e información cultural. Se llamó *Entrearte*, a sugerencia del colega

Francis Castillo, por aquel verso martiano: “Arte soy entre las artes”.

Era la novedad.

Ningún miembro del equipo se había enfrentado jamás a un noticiero. Hubo que acostumbrarse, los realizadores y los oyentes. Era una ruptura: ¿Un noticiero en Radio Siboney?! Tocaba despejar las dudas, romper el hielo. Comenzó el espacio a imaginarse desde el diseño sonoro, los cortes, la presentación de los diferentes segmentos; la estructura del guion, la presentación y la despedida.

Aquellos diez minutos informativos, redimensionaron su programación, le subieron una escala.

La tormenta de ideas comenzó en los estudios y terminó en casa de Lucía Dalis Mustelier Ramos, esa pequeña que volvía gigante lo que tocaba. Fue la directora inicial y su muerte nos dejó sin consuelo. El programa pasó a manos del recién llegado, en la triple condición de director, guionista y reportero. Nada menos.

La pajita

Lo mejor de *Entrearte*, era el proceso de edición. Esos minutos con María Elena Pineda, valían un potosí. Ya dije que era la época de los carretes y las cintas. Y allá nos íbamos con unas cuantas: el diseño sonoro por aquí, los cortes por allá, las informaciones y crónicas en otras. Una colección de peso.

La máquina reproductora era una veterana de mil batallas, había dado lo mejor de sí en el terreno; pero todavía no había llegado su momento de jubilación. Y había que compensar sus carencias, sus desajustes, sus desgastes. Cuando se necesitaba precisión para borrar algo o para tomar un fragmento exacto, ahí comenzaba la cosa, ahí se abría el telón. Había que equilibrar el carrete para que no fluctuara y poder ponchar la

tecla rápidamente. Se le ponía un trozo de papel por aquí, un pedazo de madera por allá. Siempre con arte: “Méteselo... no, ahí no... sácaselo un poquito... más al medio”.

La radio se había vuelto sexual.

A esto hay que vivir haciéndole “la pajita”, decía gráficamente mi editora. Bueno, decía más. Y se lanzaba con aquellos dedos suyos, sobre la tecla roja, sobre la amarilla. Se necesitaban varios intentos, porque a veces quedaba “un rabito”, porque la madera se descentraba, porque la máquina cojeaba, porque...; pero María Elena nunca se rendía.

Podemos reírnos ahora —es lo que toca—; pero todo se hacía en serio. Extraño aquellas bromas, aquel cuartico cómplice, los dedos de María Elena cuando atacaban la máquina cual una consumada pianista. Sobre todo, extraño su mirada y el portazo final —el victorioso—, que sin una palabra solo decía una cosa: lo logramos.

Una trompeta del más allá

El 12 de febrero de 2001 es una fecha para enmarcar en Radio Siboney, la emisora instrumental del Caribe, como reza su eslogan. Ese día, iniciando la tarde, nuestra casa de radio estrenó su noticiario. Las locutoras Kenia María González y Zulima Nicolau se convirtieron en las “voces instrumentales de la noticia”. Se estrenaban en el ritmo de una información, el tempo de una crónica, el remarque de los titulares.

En una de las primeras emisiones de *Entrearte* ocurrió un hecho que no hubiera pasado de ahí, que no hubiera dejado rastro alguno, si no fuera porque... Les cuento.

Una de las informaciones rendía homenaje al afamado músico Pepín Vaillant un verdadero *showman*, que había rendido lo mismo a la bohemia parisina que a la noche egipcia, que había sido inmortalizado por Fellini en *Boccaccio 70*; que tenía

su propio tema, *Diamante negro*, compuesto para él por Electo Rosell, *Chepín*.

El artista había fallecido en su natal Santiago de Cuba, el 20 de febrero de 2001 y la nota comenzaba así: “La trompeta de Pepín Vaillant tocó por última vez...”. A continuación se dejaba escuchar a fondo unos acordes del instrumento. Pues bien, no más sonar aquello — como si hubiera sido un efecto largamente ensayado—, sobrevino una interrupción de la corriente, en el segundo exacto. Las locutoras se miraron....

—¡Caramba, Pepín... qué fuerza!, soltó alguien.

No reparamos demasiado. Al fin y al cabo, la ausencia temporal del fluido eléctrico no era algo raro entonces, ni lo es ahora. Lo que erizó a todos fue el bis, el *remake*, la copia al carbón. Convertimos la información en una evocación para la próxima salida. Aquel personaje era un grande y nos tocaba insistir, dedicarle unas palabras. No faltaba más.

Todo marchaba sobre ruedas, hasta que comenzó el tributo. El inicio era similar: “La trompeta de Pepín Vaillant tocó por última vez”. No más haber completado la frase, ahí mismo, sobrevino primero un bajón de voltaje y luego, un apagón. ¿Otra vez? Las locutoras salieron presurosas de la cabina, en trance. Son momentos en los que hay que protegerse, sacudirse, despegarse...

—¡Pepín no se quiere ir!, dijo una.

En la próxima emisión, nos aseguramos de no incluir ningún corte de trompeta, por si acaso...

Micrófono... abajo

No todos los entrevistados son iguales. Los hay colaborativos y locuaces, los de la risa fácil, los que si te descuidas te entrevistan. En el extremo, los antónimos, los parcos —terriblemente parcos—; a los que has de sacarle el verbo de la

boca, pescarle el sustantivo. Y los hay que te hacen pasar un sofoco —un sofocón—; los estirados, prendados de sí mismos, con la mirada desde la distancia, estratosféricos. Esta tarde, me tocaba...

Y llegó aquella dama con sus arreos de gala, con sus aires. Suspiró ante la pequeña emisora, la pequeña cabina. Empujó con el cuerpo la silla y se dejó caer, señorialmente.

La había visto en sus ejecuciones y hube de presentarla como se debe, mencionando sus éxitos, remarcando el detalle. La invitada empezó a entrar en atmósfera; pero el ambiente ya estaba impregnado, tenso, tanto... que uno de los micrófonos se aflojó de la liga, se desprendió y se vino abajo estrepitosamente. El impactó en la mesa produjo el efecto de un disparo.

¡Un disparo en la cabina!

Nunca había vivido algo así, nunca lo he vivido después; pero la concentración es la piedra de toque de todo diálogo. “¿No dicen que todo puede pasar en un programa en vivo?”, dije al aire, como si lo hubiera estado esperando. Pues ahí tenemos, no hay de que asustarse... Una breve pausa y volvemos, agregué. Todo ocurrió tan rápido que solo hubo tiempo de devolver aquel micrófono escurridizo a su lugar.

La locutora puso lo suyo. Ponderó las virtudes del programa, mencionó las personalidades que había desfilado por la misma silla, la pobre silla. Se esmeró. Sentimos que nuestra entrevistada, descendía otro escalón.

Fue una conversación sustanciosa sobre la música, el disco, la dirección, y con eso nos quedamos, que al fin, era lo importante. Estábamos, sin dudas, ante una conocedora, una experta. Al César lo que es del César. Y acabamos despidiéndole de la manera más galante que encontramos. Todavía hubo una coda en el diálogo, con micrófono cerrado.

Intercambiamos teléfonos y la acompañamos hasta la escalera. Esta sí era real.

Nuestra entrevistada se despidió con unas palabras dulces, con los pies en la tierra, y nosotros regresamos a la pequeña cabina, a la pequeña emisora, mientras la veíamos descender, agitando la mano.

¡Tierra!

Nos fuimos de cabeza al siglo quince, a su estertor. A las olas, a Colón, a las carabelas, a lo ignoto. Vivíamos el justo instante en que Rodrigo de Triana da el grito salvador, desesperado, eufórico. Desde la nao velera, desde el palo de La Pinta, se divisa una ínsula de Las Lucayas, de las Bahamas. Es 12 de octubre de 1492. Han pasado dos meses en el océano, mil agonías.

¿Cómo bordar la atmósfera de un momento trascendental de la historia del mundo? ¿Cómo hacerlo creíble? Yo había marcado la intención en el papel, naturalmente. Una música trascendental ponía el subrayado, mas era ante el micrófono que tocaba levar anclas, soltar las velas. Nunca mejor dicho.

La actuación tiene algo demoníaco-místico-mágico, en ese sumergirse, en esa paradoja infinita, en ese ser otro sin dejar de ser uno. Y allá la vi, a Kenia María González, irse al fondo de la cabina, pegarse a la pared, situar las manos al lado de los labios. Tomar aire, suspirar, subir el tono. Dar la voz de salvación, el anuncio del Nuevo Mundo:

¡Tierraaa!

De pronto, cruza en la mente el drama, el pedazo de tierra proyecta su silueta, los colores del mar se vuelven suaves, los rostros exhaustos se iluminan. Todo sin moverse, todo desde una cabina de radio. *E pur si muove*, hubiera dicho Galileo. No

es que le falta la imagen, es que tienen la voz, hubiera escrito Finá. Es la gran pantalla, anunció Orson Welles.

Como afirma el oralista Adolfo Colombres, la palabra escrita llegó mucho después y tuvo que montarse en el carro de la palabra hablada. Se habla antes de aprender a escribir. No hay que olvidar que los signos de puntuación son una convención, una aproximación a la oralidad, nunca ella misma.

¿Cómo marcar la sorpresa, el asombro, el mandato, el deseo? ¿Basta un signo de admiración? ¿Tres puntos suspensivos, mil puntos, pueden aprehender la pausa verdadera, la dimensión exacta de las cosas? Aquí, en este papel, podré poner mayúsculas, alargar unas letras... y no lograré dibujar el momento.

Son dos mundos.

Cada vez que tocan a la radio, que alguien la ningunea, que suenan la trompeta de su muerte, recuerdo aquel grito. La voz tiene sus alturas, sus colores. La palabra sucumbe, el signo se doblega. Una voz es inatrapable.

Respeto

¡Qué apuro! ¡Qué apuro el de ese día! Había cosas realmente importantes. Y entré a grabar así, inundado, en la emisora CMKC. Juan Antonio Balbuena Céspedes, estaba del otro lado del cristal, era el realizador de sonidos. Me recibió con su voz ronca de siempre, con la disciplina de siempre. Parecía haber estado siempre.

Era 11 de septiembre. Mi comentario versaba sobre los paralelismos y las disonancias entre el golpe de estado de Chile y el atentado a las torres gemelas de Nueva York. Extraje mi papel ante el micrófono, leí de carretilla, cumplí. No había tiempo que perder.

Balbuena se levantó de su asiento, puso su mano delicadamente en mi hombro y me invitó a detenerme:

—Escucha...

La cinta corrió, bajé la cabeza, retorné. Seguí sus gestos mientras grababa, como un flautista atento a la batuta. La inflexión exacta, los subrayados, los silencios; los puntos y las comas... te pueden hacer sangrar.

Balbuena se levantó de su asiento, puso su mano delicadamente en mi hombro y me invitó a detenerme:

—Escucha...

Y cuando hubo terminado aquella sesión, agregó otra palabra, con su voz ronca de siempre: ¡Gracias! Juan Antonio Balbuena Céspedes había alfabetizado, había sido maestro de generaciones de radialistas, había grabado a los más grandes músicos de Cuba. En 2009 recibió el Premio Nacional de Radio, justo cuando su vida expiraba. Él era una historia. Y yo, un chico que había entrado apurado a un estudio de radio.

Imbatible

Miedo. El miedo destila por las paredes, mueve sus aspas filosas. El miedo gotea. Noche-madrugada de octubre. Mi padre tomó un martillo para clavetear las puertas, la cosa está fea, la anuncian peor. Sandy, el huracán, viene directo a nuestro encuentro.

La televisión es lo primero que se va. Caen los cables, caen las torres. Nos refugiamos en el baño de la casa. Mil proyectiles pegan contra las paredes, las tejas vuelan como papel. Hay un rugido de selva, un rugido de espanto allá afuera.

“¿Tú crees que la casa resista?”, le digo a mi padre. Le miro a los ojos con fijeza. Él mismo ha hecho los cimientos, los ha hecho tan profundos que yo cabía dentro. Me devuelve la

mirada, pero es una mirada que no conozco, que nunca he visto: “No sé qué te diga, mijo, no sé...”

Nuestra única compañía en las tinieblas es un radio de pilas, uno pequeño. En los momentos en que el mundo se iba, ahí estaba. Radio Rebelde desde el subterráneo de la Universidad de Oriente. Carlos Sanabria Marrero, su voz, describe cómo todo vuela. “No conocerán la ciudad, cuando amanezca”, dice.

Ha sido inmisericorde.

He tenido que remontar un bosque para salir de casa. Han raleado la ciudad, la han desencajado. Santiago es una lágrima. Voy a la emisora, me toca informar, contar, dar voz al drama, a la vida, a la esperanza. Caminando, con altavoces, con baterías, poniendo el pecho.

La radio es imbatible.

(Textos publicados por este orden en: *Facebook*, muro personal, 10 de septiembre de 2021 / *Portal de la Radio Cubana*, sección “Radiaciones”, 2 de octubre de 2021 / Grupo *Facebook* “Amigos de Música y algo más”, 20 de agosto de 2021 / *Cubaperiodistas*, 12 septiembre de 2021 y los dos últimos en *La Jiribilla*, 22 de agosto de 2022, bajo el título “A quien no quiere radio, se le dan tres tazas”.)

TATUAJE

Esta es una crónica insólita, esdrújula. No sé cómo escribirla, como ordenarla. La realidad le sonó un campanazo a la más desbocada ficción. La sonó fuerte.

Lisandra Gómez, mi colega, me lo dijo, así nomás, al paso. No me he recuperado desde entonces. Ella armó el Big Bang, empujó el caos. Esta chica espirituana se las trae.

Todo comenzó con Martí, con José Julián, con el genio inacabable de Paula. Acaso todo empieza con él. Siempre me pareció exaltada su definición de la música: “La música es la más bella forma de lo bello”.²³ Siempre me pareció deslumbrante su metáfora: “La música es el hombre escapado de sí mismo”.²⁴

Enero fue mi pretexto para hurgar.

²³ José Martí en el artículo “White”, publicado inicialmente en *Revista Universal* en México el 25 de noviembre de 1876. Tomado de José Martí *Obras completas*, T. 5, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 294.

²⁴ *Ibidem*.

Y entonces, fui entendiendo. Veintidós años tenía Martí cuando asistió a los conciertos de José White. La radio, que todo lo puede, se fue con él al Teatro Nacional de México, se fue al decimonónico. El poeta se desborda para atrapar el instante: “(...) las notas ya no gimen ni resbalan, salpican, saltan, brotan (...) Aquel violín se queja, se entusiasma, regaña, llora: ¡con qué lamentos gime! ¡Con qué dolor tan hondo se desespera y estremece!”²⁵

La radio lo sigue, reconcentra la historia en tres minutos, en algo más. Y este cronista, deja caer su frase, mientras suena el Concierto para Violín de José White, mientras el arco gime: “Si la música tiene notas, las palabras han de tener sonidos”.

Del otro lado del cristal, el realizador de sonidos Alien Fernández Martínez, *Alienpro*, escucha. Radio Sancti Spíritus está radiando mi crónica “Martí y la música”. El maestro Jailer Cañizares ha puesto su magia en la musicalización. Ambos son de la camada radiofónica de Lisandra. Otra vez. Todos los caminos conducen a ella.

¿Cómo fue ese instante, qué colores tuvo? ¿Cuándo decidió Alien tatuarse esa frase en su brazo? ¿Quién tuvo el detalle de la modulación, de graficar mi voz justo cuando la digo? ¿Quién es este muchacho surrealista de Fomento?

Serán detalles por abrir, yo solo anoto. A mí se me ha presentado la obra hecha, el fuego consumado. Se me ha asomado el brazo de un artista que ha grabado mis letras en su carne, que me dado el mazazo de mi vida.

(*La Jiribilla*, 3 de abril de 2023)

²⁵ José Martí; “White” ..., p 299.

VIRGILÍ, SI PUDIÉRAMOS VOLVER

Y o maldigo estar aquí evocando a Virgilí, a Salvador Virgilí Suñol. Hubiera preferido una, dos, mil veces, otro gerundio: bromeando, riendo, peleando, escuchando, bebiendo, caminando... y cualquier otro ando, endo, to, so, cho que la imaginación asista.

Me temo que no seré muy ortodoxo en esto de ordenar mis recuerdos, de bordarlos de aquí, de allá. Lo primero que asoma son sus dedos. Largos, sarmentosos, sin parar. Un poco así, a lo ET. Sé que él se reiría de la ocurrencia, que sacaría aquella su carcajada estruendosa, inconfundible, profunda.

Sus dedos eran su extensión. Eran él.

Podía usarlos para suavizar en el aire una palabra, para enfatizar una idea, para completar una orden. Podían doblarse en el aire cual un signo de interrogación, o posarse en tu hombro, con toda la intención, despacio, a la caza. Incluso, caer amenazantes sobre el pecho o como un aguacero, como

una arremetida ya, sobre la espalda del operador, un poco a lo Yiyiyi, a lo Lupe Yolí, la excéntrica y legendaria intérprete de San Pedrito, que estremeció los circuitos del mundo. No sé por qué, por qué, lo imagino también cantando como ella, como la Lupe... según tu punto de vista, yo soy el malo...

Un poco sin saber, sabiéndolo, Virgilí fundó su propia mística en los estudios. Podía desbordarse y aderezar la ráfaga de dedos, con una palabrota. Creo que las disfrutaba, y dichas por él, ya no resultaban tan obscenas, se volvían coloridas, y si se me permite, más utilitarias, más gallardas.

Mira que quise invitarlo a mis espacios literario-culturales, mira que quise darle un homenaje, decirle unas palabras. En la librería, en el salón de la catedral, dondequiera; pero siempre me dejó plantado, siempre lo esquivó. Me dejó incluso un cake, una tarta de chocolate preparada por obra del milagro. Los nacidos en este archipiélago hemos sido siempre un poco Merlín, un poco Houdini.

Quise matarlo a la primera, pero lo disculpé a la segunda. No insistí más. Entendí que este chico largirucho, este Quijote de ácana, este personaje, no era de homenajes ni nada semejante; o acaso estos habría que dárselos en cada encuentro, habría que dárselo cada vez.

En cierta ocasión, le entregué mi primer libro de poemas. Era prestado, pero naturalmente, él se lo apropió. Había unos versos que hablaban del Moulin Rouge, de los impresionistas, de aquel ambiente de bohemia y bulevares. Reparó en él y me soltó toda una conferencia sobre esos sitios. Se regodeó en la pronunciación gutural, en la erre francesa. Me llevó a París.

Salvador Virgilí Suñol era un cinéfilo empedernido y un crítico contumaz. Un hombre capaz de hablarte de los emperadores romanos, del Renacimiento, de Monteverdi, de la última exposición de la Galería Oriente, de la reina Isabel. Y de los

orishas, de las deidades, del otro mundo. Era de élite, sí, pero de la élite de la vida.

Lo recuerdo fuera de la cabina, una tarde frente a un tambor, con las manos danzantes, tragándose con los ojos el sudor que corría por los músculos de sus ejecutantes, de sus ancestros. Era un cruce entre Tombuctú y La Sorbona, pasando por Songo La Maya. ¿Cómo hacía ese camino diariamente? ¿Con cuántos esfuerzos intentó mejorar su casa? ¿Cuánto gastó y cuánto gozó en esas contiendas cotidianas?

Era un maestro en recrear épocas y situaciones, en expresar acordes. Creaba la cinematografía de la radio, asumía la musicalización como ciencia. Eso sí, podía ubicarte con todas las de la ley si atisbaba un anacronismo, lo mismo que deleitarse largamente si encontraba un acierto.

La radio empuja al talento y crece con él. Virgilí está ligado a un programa de leyenda en la radio santiaguera, el policíaco *Objetivo X*, y por supuesto a *Imagen*, la radio-revista cultural de las tardes de Santiago de Cuba. Los dirigía. De allí lo recuerdo con toda nitidez. Se trazó la misión de tener en el estudio o de lograr desde la distancia, el testimonio de lo mejor que pasaba por estos lares o de aquello que venía naciendo, a lo que él le echaba el ojo.

No retengo qué obra le ganó un Premio Caracol de la Uneac —entre tantos galardones—, pero sí el instante. Este es el retrato: el felicitador en el acceso a la emisora CMKC, el premiado, dos o tres peldaños más arriba. Felicidadsss, le solté... Agréguele música si quiere, que toda evocación es una revisitación... ¡Mira!, me dijo con un gesto teatral, y sostuvo entre los dedos el caracol, la diminuta obra de orfebrería que lució como un grano de polen entre el índice y el pulgar virgiliano, para luego emprender una carrerita escalera arriba,

sandalia arriba, con el bolso colgándole del hombro, digno de un fotograma de Solás.

Salvador Virgilí Suñol integró en 2012 el jurado del “Lloga” junto a ese ángel llamado Iván Pérez y al maestro Manuel Andrés Mazorra, ambos Premios Nacionales de la Radio. Los estudiantes Esperanza Cabrejas y Eduardo Cedeño me habían encerrado en un estudio para que les contara de mí —es decir del periodismo, es decir de las terquedades—, de cuando fui manisero, de lo humano y lo divino... todo en el peor año de mi vida, el de la partida de mi madre.

No sé cómo, cómo pudieron armar, cómo pudieron dar coherencia a aquel testimonio en un documental de 13 minutos. La obra *De hueso y papel* acabó ganando para sus autores, el gran premio del 22. Taller y Concurso de la Radio Joven Antonio Lloga In Memoriam, es decir, del “Lloga”. Los cubanos, cuando el camino es largo, tomamos el trillo.

La premiación tuvo como escenario un lugar hermoso, cargado de historia, la escalinata del Museo Emilio Bacardí, en el centro mismo de Santiago de Cuba. Asistía a la premiación como parte de la habitual cobertura periodística y cuando anuncian el premio... escucho mi propia voz. Al principio no entendí, porque nadie me había advertido, nadie me había soplado nada.

Virgilí me hizo señas para que subiera, cuando aún me reponía de la sorpresa. No, le respondí moviendo la cabeza. Otra vuelta de tuerca y una nueva negativa. Era hermoso que alguien hubiera reparado en mi historia, mas no era mi hora. Pero Virgilí era mucho Virgilí y sin esperar más, bajó los escalones, me haló con sus manos-garfio y me puso al lado suyo, de los premiados, del jurado. Y ahí está la fotografía, en la que también aparece el tempranamente desaparecido actor Alcides Carlos, *Titi*, con su grupo de actores.

De todas mis experiencias con Salvador Virgilí hay una particularmente surrealista. Asistíamos al evento “En busca de una voz propia” que organizaba la radio de Palma Soriano. El día, bien; las sesiones y el paisaje, excelentes; pero qué noche, qué nochecita tan aburrida en aquel Motel Mirador Valle del Tayaba. Ni cortos ni perezosos, decidimos irnos a pie hasta la ciudad, que nos parecía tan cercana. ¡Parecía!... La ida estuvo animada, pero el regreso fue tortuoso: nos perdimos. No sé cuántos kilómetros habremos caminado en la pasmosa oscuridad.

De la fatiga, del dolor en las piernas, del sudor frío, solo me salvaron sus contadas. Las hubo de todo tipo: hilarantes, lacrimógenas, sensuales, increíbles. Ahora comprendo que fui testigo de excepción del exorcismo de un ser humano que amó a contrapelo, que amó sin cansarse, que amó. A la puerta del Tayaba, casi desfallecido, lo abracé.

Nada hay como un abrazo.

¡Ay, Virgilí, Salvador!, si no te hubiera hecho la promesa, si no te hubiera dicho que todo quedaba en el camino, si pudiéramos volver...

(La jiribilla, 12 de septiembre de 2022)

LA CASA DEL POETA

Una casa es una máquina de habitar, afirmó el arquitecto francés Le Corbusier. Y aquel que la habita ha de ser un perfecto timonel, me permito agregar humildemente. Desde lejos se divisa la quilla, el antiguo maderamen, el mascarón quebrado. Alguien me preguntó recientemente cómo se sostenía la casa del poeta, qué invocación mantenía en pie la máquina varada, el dinosaurio en extinción, el árbol carcomido, el zinc agujereado.

Es el hilo —inasible, invisible, imposible— de la poesía, que ha anclado su metáfora en los rincones, le respondí. Es el susurro, el sortilegio, la eufonía de las palabras, la cobija perfecta. El toque del recuerdo, el cemento de la rima, las flores que revientan debajo de la cama. Es el milagro, es decir, el poeta, quien sostiene su casa.

Si por cada palabra yo pudiera cocer el barro —un pedazo de barro—, lo dejaría a tu puerta.

Allí donde un niño pobre encontró la riqueza entre libros, donde un adolescente hinchó velas, donde entróse un día en la

afición, en la forja de los talleres literarios, y emergió maestro. Allí hay que ir, sin que otra cosa importe.

Allí donde mora la poesía, está la libertad.

No se me pida ninguna altisonancia para nombrar a este amante de Marilyn Monroe, a este caballero que se desnuda con bestias. ¡Tantas veces está uno entre ellas!

No voy a recontar su colección de premios ni a relacionar los títulos de su lírica, de su narrativa; de su genio para las edades más pequeñas, para las más adultas. Ya lo hizo León Estrada en el *Diccionario de Escritores Santiagueros*.²⁶ Ya lo dijeron otros de mejor manera. Vengo a dar fe, eso sí, sobre El Poeta que escogió para nacer la misma fecha de El Poeta, aquel de enero, del 28. Que, como el genio de Paula, hizo el bien, lo hace, sin llamar al mundo. Y a este niño incansable, a este artista que mereciéndolo todo —en su augusta sencillez—, nada pide; le entregamos nuestro aplauso.

Santiago de Cuba, la Uneac, me puso en aprietos una tarde, cuando me pidió sustituirlo en el espacio literario que él conducía. José Fernando Orpí Galí sería esta vez el invitado y yo, el entrevistador; léase, el bateador emergente. El anfitrión había impuesto como marca de estilo, regalar una décima, y no pude escaparme. Me tocó a mí enhebrar la espínela. Espero que el tiempo, le haya ganado su indulto:

A José Orpí

Frente al espejo
el poeta
toma de Frida el pincel

²⁶ El *Diccionario de Escritores Santiagueros* responde a la excelente labor investigativa de su autor, León Estrada y fue publicado por Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2005.

su cruz su espada su miel
la noche como planeta
trazando va la silueta
a las palabras
perece
el reloj de Wilde se mece
nada como antiguo pez
en aguas de su niñez
se baña de luz y crece

(Palabras de Elogio, Biblioteca Elvira Cape, 28 de enero de 2023,
cumpleaños 70 del poeta José Orpí Galí)

LA PROFESORA DAYSI

Cuando todo se oscurecía, cuando no pude más, puse rumbo a El Caney. Y aquella dama octogenaria, la bibliotecaria que sabe encontrar la sinfonía callada de cada libro, la profesora de leyenda que viene de maestros de leyenda, la vindicadora de Plácido, me abrazó. De un abrazo nació el mundo.

Nos fuimos al patio de su casa, apreté la grabadora y comenzó —de modo natural, sin sobretonos— su clase magistral sobre las letras, sobre la vida. La doctora en Ciencias Filológicas, Daysi América Cué Fernández (Chaparra, 1942) me ha confesado que su primer libro, *Ciudad de la memoria* (Ediciones Santiago, 2003), fue una deuda saldada con la ciudad que la acogió, tras sus primeros años transcurridos en los aires de un central.

A esa inmersión, sobre figuras de la literatura santiaguera, sobrevino su segundo texto, viñetas sobre la historia, memoria fundida desde una poética particular. *Y todos son sagrados* (Editorial Sanlope, 2004) es un regreso a Las Tunas, a la

nostalgia, a Vicente García y a su propio padre, el historiador Juan Andrés Cué y Bada.

Llegaron otros títulos, abordó la intimidad martiana, la novela bolero, rescató el primer volumen de César López, mas no podía creerlo cuando publicó *Nacidos en la sala oscura* (Ediciones Santiago, 2019), un enjundioso estudio sobre los vasos comunicantes entre cine y poesía. Ella decidió incluir, valorar, algunos de mis poemas en su libro, junto a los de Fina García Marruz, Raúl Hernández Novás y Carlos Esquivel Guerra. Nunca tendré como agradecerle.

Sébase que su recorrido por las aulas está afinado en la rectitud más acendrada —deudora al fin de Ricardo Repilado—, al mismo tiempo que en la originalidad más inquietante; dígase que las anécdotas de sus alumnos surgen a raudales, apúntese que ese legado de un cuarto de siglo en la Universidad de Oriente, es uno de los tesoros que el Alma Mater oriental guarda en sus 75 años de existencia.

Bromeé con ella cuando tuve la oportunidad de presentar su libro *Plácido, el poeta conspirador* (Editorial Oriente, 2007, Premio de la Crítica Histórica Ramiro Guerra, 2008) y la animé a buscar el cofre que guardaba su peineta, la vieja foto donde ella está sentada, escuchándole.

Para adentrarse en el exigente género del ensayo, no basta la sapiencia, la elegancia, la excelencia; se precisa una conciencia, una mirada profunda, un hilo unificador. Y eso, a Daysi Cué, le va a la medida.

Si es cierto que, en su hora definitiva, camino al cadalso, Gabriel de la Concepción Valdés fue diciendo su “Plegaria a Dios”, Daysi ha de haber estado cerca, susurrándole su amor al aire; porque aquel su examen detallado —cuasi policial—; su rastreo en legajos, periódicos, testimonios, biografías,

investigaciones, reportes de viajes, libros y cartas, lo devolvió a la vida.

Al asomarnos a una nación en plena forja de su identidad, nos entrega su drama de cubano. Al definir los rígidos preceptos artísticos de su tiempo y sus cenáculos, nos entrega su drama artístico. Al retratar una época atrapada entre sus clases y sus prejuicios, nos entrega un drama profundamente humano: el de “un poeta mulato en una sociedad para blancos”,²⁷ que en tantas ocasiones, impelido por su pobre economía, debió convertirse en “hacedor de versos dedicado a complacer a quienes odiaba”.²⁸

Plácido, el poeta conspirador no se anda con medias tintas y se adentra en zonas arduamente polémicas: ¿Es Plácido, el hombre de levita y pelo rizo, o es, acaso, un mestizo “al parecer blanco”,²⁹ dejado en la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana? ¿Cuál es su verdadera imagen, la que captó el francés Pío Dubrocq y que tanto difiere de la tradicional? ¿Qué dicen los testigos que lo conocieron? ¿Artesano o poeta? ¿Personaje histórico o héroe literario?

Son las preguntas que se hace (que nos hace) y que intenta responder. La investigadora nos introduce en un pasaje desolado: un ser quebrado por tantas acusaciones, sometido a la tortura física y psicológica, asediado por acusaciones e interrogatorios; envuelto en una lucha desesperada por su vida —aquel complejo proceso de 1844, conocido por Conspiración de la Escalera— de “una de las figuras más populares y controvertidas de la literatura cubana”.³⁰

²⁷ Daysi Cué: *Plácido el poeta conspirador*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 20, p. 15.

²⁸ Daysi Cué: *Op. Cit.*, p. 90.

²⁹ Daysi Cué *Op. Cit.*, p. 15.

³⁰ *Ibidem*.

Les advierto, me adelanto, sé lo que ella dirá a posteriori: que provienen del cariño, y sí, no hay secretos, no hay equívocos, de ahí nacen. Que son un poco exageradas y ahí discreparemos, no hay un ápice de hipérbole. Los grandes siempre son transparentes, siempre están al alcance.

¿Cuántas veces no la tuve de mi brazo, a la profe Daysi, desandando por las calles de Santiago, hablando de lo humano y lo divino; hijo y madre loma arriba-calle abajo? Ahora mismo, a su lado, cuando habla del recuerdo de aquel ángel, de su hija Liliana; cuando habla de su próximo libro. “Ha de salir al modo de los guerreros clásicos, con el escudo o sobre el escudo”, afirma. Y yo le creo.

(Palabras de Elogio, Feria Internacional del Libro, Santiago de Cuba, 2023)

ELOGIO A UNA BIBLIOTECA

Una ciudad sin memoria, sin un lugar que la preserve, atesore y enaltezca, no pasa de ser un caserío. Emilio Bacardí —que tenía el Don bien ganado, más que por el dinero, por su recia pertenencia ciudadana, por su estatura de cubano—, lo supo enseguida. Y supo que las reliquias sagradas de la guerra, que la memoria del arte, que la experiencia filtrada en los libros, debía tener un sitio a su altura.

Tomó como compañera de vida a una chica nacida en Ti Arriba —Oriente adentro—, con un apellido francés, de nombre Elvira. Los destinos nunca son casuales. La mirada de aquellos ojos veinteañeros seguramente le insuflaron oxígeno a su ya de larga andadura. Y aquella dama, que hoy a su vez nos mira desde un óleo antiguo, aquella que lo sobrevivió unos años, que cambió alguna vez el Poción de su esposo por el Pociona —como clave de guerra en la ardorosa lucha por la

independencia—, demostró no ser menos, y acabó haciendo posible los sueños que forjaron juntos.

El Museo Emilio Bacardí y su Biblioteca, son algunos de esos monumentos que ellos forjaron y que hoy nos siguen tocando.

Los años permiten distinguir la valía de un gesto, despejar cualquier bruma. Emilio Bacardí Moreau (1844-1922) y Elvira Cape Lombard (1862-1933), pudieron dedicar su peculio al ámbito personal, a su goce más íntimo; pero estamos ante gente de estirpe, gente de compromiso. Santiago de Cuba ha de agradecerles, hondamente, su interés por engrandecerla.

Romperemos una tradición asentada —no sé en cual tratado—, de festejar especialmente los aniversarios cerrados. Esta vez se trata de conmemorar el 59 aniversario de que la Biblioteca Elvira Cape fuese trasladada del inmueble del Museo Emilio Bacardí al monumental edificio que trazado por el arquitecto Rodolfo Ibarra, ocupa hoy en Heredia 259, otrora Sociedad de la Colonia Española. Cincuenta y nueve años de crecer no solo en espacio, sino también en organización y asesoría técnica, en ordenamiento y relevancia sociocultural, en acceso público y modernidad.

¿Cuántos nombres, cuántos esfuerzos están vinculados a estos años, a sus salas y servicios? Donde se escriba biblioteca, ha de escribirse nobleza. Donde se escriba libro, grandeza. Cuando se entrega un libro, se entrega más. Llor a las manos que depositan un libro en las manos de su semejante.

Nací rodeado de libros, crecí con ellos, incluso un día me aventuré, me atreví a envolver mis palabras en algunos de ellos. Martí lo dijo, de ese modo que tenía el genio de Paula después de lo cual es difícil decir más: “Los libros sirven para cerrar las heridas que las armas abren; sirven para construir pueblos con los escombros que la piqueta revolucionaria ha echado a tierra

(...) encienden lo escondido (...) sacan a la luz lo oscuro (...).³¹

Cada capítulo de la historia de la Biblioteca Elvira Cape —convertida con los años en la segunda depositaria del fondo bibliográfico del país—, ha tenido sus haceres y sus protagonistas. Sean generosos: permítanle a este palabrero, un pequeño espacio para presumir de los lazos que le han ligado, de diversas maneras, a la gente de esta institución.

Ahora mismo, escribe de corrido, se despereza, se reinventa, bajo el liderazgo de su actual director, el doctor Giraldo Setién Álvarez, quien dice —y dice bien— que “una biblioteca debe irradiar cultura, valores, humanidad”.³²

La Biblioteca Elvira Cape es un latido en la fibra misma de Santiago de Cuba. A solo unos pasos de la casa donde nació aquel que buscó “las palmas deliciosas” en la garganta inmensa del torrente, José María Heredia; mirando hacia la Catedral, donde se forjó parte de la música cubana. Y lo mejor, sirviendo al presente, preservando el pasado, y naturalmente, atisbando el futuro.

Tengo la certeza de que si Doña Elvira y Don Emilio, entraran ahora mismo de la mano —imaginémoslos—, tendrían una sonrisa de satisfacción, porque esta Biblioteca ha escrito, inscrito, en sus 123 años, toda una hazaña coral.

Si como dijo El Maestro, “los libros consuelan, calman, preparan, enriquecen y redimen”,³³ solo queda agradecerles a ustedes, a los que pensaron este sitio, a los que defienden esta idea. Gracias por consolarnos, calmarnos, prepararnos, enriquecernos, redimirnos. Y algo más, ya sé que es una

³¹ José Martí “Libros nuevos”, en *Obras completas*, T. 15 (Europa), Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1964, p. 190.

³² Entrevista concedida al autor a Radio Siboney

³³ José Martí: “Libros nuestros”, *Op. Cit.*, 190.

REINALDO CEDEÑO PINEDA

petición exigente, pero imprescindible: no desmayen. Esta ciudad, este país, los necesita.

(Palabras de Elogio, Biblioteca Elvira Cape, 19 de diciembre de 2022)

TERESA MELO: LA HORA VIOLETA

Cuando la vida me colocó por vez primera ante la posibilidad de ganar honradamente mi sustento, Teresa me salvó. Eran tiempos duros y yo estaba en La aldea. Lo conté en unos párrafos a los que titulé “Los locos y las puertas”, que a larga ganarían el Concurso Nacional de Crónica Miguel Ángel de la Torre en 2012. Lo rememoré hace unos meses, unos pocos, cuando la Biblioteca Elvira Cape decidió estrenar el espacio “El autor y su obra” con ella. Y la vi sonreír. Y estreché mi pecho contra el suyo.

Los locos y las puertas

Venceremos. Así se llamaba el periódico donde un día me estrené, se llama. En el oriente del oriente: Guantánamo. Sostener su nombre era difícil. El período especial mordía con saña. Una hamburguesa era la bendición; cuatro ruedas, una

excentricidad; un bombillo encendido, la noticia. No son metáforas.

Vivía en la casa del río. Vivía en una casa habitada por fantasmas. Vivía como podía. Tampoco son metáforas.

Me fui al parque Martí con las cuatro heridas de mi zapato. A los veintitrés años se estrechaban los caminos. Muchos amigos, como los dioses antiguos, habían caminado sobre las aguas. Sostenía un libro de poesía en las manos, un libro breve. Conocía a la autora de La Escalera, en el Museo del Carnaval, en la calle Heredia. A ella y a otros insomnes a los que no quise abordar nunca. ¿Me detuvieron la cordura, los prejuicios, los años?

Abrí la página al azar, con desgano. “Cuento con moraleja” era el título:

Los locos encontraron cerrada la puerta del jardín / Los cuerdos también la encontraron cerrada / Los cuerdos / Se tendieron allí / sin llaves / y sus cuerpos se llenaron de hormigas / y hojas secas / Los locos / los locos / rieron / mirando con fijeza / y pasaron todos a través de la puerta.³⁴

Era un mensaje en clave, era mi escala. Y a los veintitrés años, crucé la puerta, emergí, de manos de Teresa Melo.

Teresa de la Poesía

Cuando la vida me colocó al lado de su cuerpo tendido —un fin de enero de 2023, el más terrible—, pensé en la muchacha de La Escalera, en la chica de El cañonazo, en las Ferias de La Cabaña. En la muchacha que acomodaba las hebras del cabello con ese gesto suyo.

Pensé en morir.

³⁴ Teresa Melo: *Poesía infiel*, Editora Abril, La Habana, 1989, p. 37.

En la editora de mi primer libro con prólogo de Jesús Cos Causse, la que a la vuelta de los años pondría en mis manos la Distinción Quijote Negro en el Encuentro de Poetas El Caribe y el Mundo que ella organizaba. Ese día tocaba Lorenzo Cisneros, tenía al *Topete* al lado.

Pensé en el díptico que nos regaló un día el caricaturista Román Emilio Pérez López, *Chicho*, como un tributo a nuestra amistad. Solo se entiende del todo, cuando lo juntamos. En el suyo, hay una mano (la mía), que cuelga sobre su hombro. En mi esbozo, hay un pedazo de su pelo plateado.

Y en Lisandra Hechavarría, la actriz, energía pura, que subió con sus versos, aquellos que había hilado para la escena, Alina Narciso en *La sombra protectora*, hasta encontrarle el desborde, la médula.

Yo también vengo de un país que se llama mundo.

Le bauticé como Teresa de la Poesía, como Teresa Guillén, después que su libro *Las altas horas* le ganara el Premio Nicolás Guillén en 2003. Cuando el poemario fue traducido al gallego, volvió la broma, ahora en la lengua de Galicia. Disfrutábamos la eufonía. Ese poemario del desvelo, ese cuaderno bifronte, está bordado desde la evocación profunda, al mismo tiempo, que desde la premonición. Toda poesía raigal es así.

Me pidió —me exigió— ser parte del Concurso Caridad Pineda In Memoriam de Promoción de la Lectura que lanzamos tras la desolación, tras la muerte de mi madre. Tere puso su voz, puso su nombre al lado de la convocatoria, para que el dolor fuera menos, para que las letras fueran más.

Negada a la inacción en tiempos de pandemia, diseñó unas postales con versos, con imágenes de su colección de botellas que artistas plásticos habían pintado para ella. Las hizo circular en las redes. Poesía contra los odios, poesía como bandera. Y tuve la suerte, la grandísima suerte, de ser uno de los escogidos.

Su última lectura pública tuvo lugar en la celebración del décimo aniversario de nuestra peña Página Abierta que auspicia el Centro Cultural y de Información-Biblioteca Monseñor Pedro Claro Meurice Estiu. Vengo por ti, remarcó, y por tu hermoso público. No se sentía bien, pero aun así nos habló de poesía y de Santiago, de “la infatigable Santiago”, como le gustaba remarcar, al modo martiano. En las imágenes, no está abrazada a mí; está asida, perdida.

Teresa le dejó a su hija —a Daniela, la hermosa— un legado intangible. Y a todos nosotros. Legado, advertencia, luz:

*Hija mía soy libre / te amo con esperanza, con ingenuidad. / Quédate cerca de la puesta del sol / quien la fragmenta y disecciona / no puede hacer que el sol se ponga para ti. / Quien disecciona la palabra / no puede hacerte vibrar con palabra alguna. / Eso te doy las puestas de sol que fueron / las sobre mí / las que te inquietarán y aquietarán / y esta palabra sin contaminar / para que la bebas con fruición / como la leche de las altas horas / la acunes, aprendas y mastiques / y te haga luz en la hora violeta / cuando el sol se ponga sobre mí.*³⁵

(Revista *El mar y la montaña*, Guantánamo, nro. 1, 2023)

³⁵ Teresa Melo: *Las altas horas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2003, pp. 11-12.

MARTÍ: LA IRREFRENABLE PASIÓN POR LA VERDAD

☞ Yo quiero que la ley primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.³⁶ Culto, cubanos, dignidad plena. No son meras palabras, es la inmersión martiana en la mismísima raíz de la existencia, desde su perspectiva ética y humanista. La aspiración aparece recogida en el Preámbulo de la Constitución de la República de Cuba, pero su validación definitiva, al fin y al cabo, solo la puede otorgar la práctica cotidiana de las instituciones llamadas a encarnarla.

Frase tan rotunda, tan entrañable, es pronunciada por Martí en su discurso del Liceo Cubano de Tampa, el 26 de noviembre de 1891, ante una nutrida emigración, en la ardorosa campaña

³⁶ José Martí: “Con todos y para el bien de todos”, *Obras Escogidas*, Tomo III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 9.

de aunar y sensibilizar a cuantas almas se pudiera en pro de la independencia contra el coloniaje español. Reproducido luego en una hoja suelta bajo el título de “Por Cuba y para Cuba”, esa oratoria ha pasado a la posteridad con el nombre de “Con todos y para el bien de todos”.

Rasguemos el tiempo. Permitámonos escuchar, con el pecho apretado, en silencio profundo, al mismísimo Martí, cuya “brillante peroración producía en la médula una sensación análoga a la que despierta la vida del acróbata lanzado al aire en un ejercicio peligroso”,³⁷ al modo de decir del argentino Carlos Aldao.

“Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.³⁸

El genio de Paula, aquel que padeciera de por vida la huella dejada por los grilletes del Presidio Político, aquel que prefirió “la estrella que ilumina y mata”³⁹ a la “rica y ancha avena” del yugo,⁴⁰ el que encontrara “Dicha grande”⁴¹ en la arena patria de Playita; traía bordada en su mente la República ética que quería para sí, para su país, para su gente. Esa y no otra:

“O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor

³⁷ Carmen Suárez León: *Yo conocí a Martí*, Ediciones Capiro, Santa Clara, p. 9.

³⁸ José Martí: “Con todos...”, *Obras Escogidas*, T. III, p. 9.

³⁹ José Martí: “Yugo y Estrella”, *Obras Escogidas*, T. I, p. 366.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ José Martí: *Diario de Campaña* (11 de abril), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 3.

de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos”.⁴²

Las visiones sesgadas, la fidelidad confundida con el silencio, la adulación buscadora de favores, los privilegios insultantes, nada tienen que ver con la República martiana. Está en las antípodas. “Se me hincha el pecho de orgullo y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella, para desviarla en beneficio propio”, advertía.⁴³

No se repara lo suficiente en que el célebre ensayo Nuestra América, fue escrito (a primera vista parecería una paradoja) en la otra América, la anglosajona. Martí es un exiliado que apresa el ambiente exultante que le rodea, que toma el pulso al mundo; pero su pertenencia afectiva está fuera de dudas. Su vindicación de las “repúblicas dolorosas de América”,⁴⁴ aparece publicada en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, en el estreno de 1891, el primero de enero. Ha de haber sido un regalo muy especial, inusitado tal vez, para sus lectores.

¿Cómo reaccionarían aquellos que deslizaron sus ojos por la letra impresa de Nuestra América por primera vez? Cada idea parece cincelada, incluida aquella tremendamente gráfica: “Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad”.⁴⁵

⁴² José Martí: “Con todos...”, *Obras Escogidas*, T. III, p. 9.

⁴³ José Martí: “Con todos...”, *Obras Escogidas*, T. III, pp. 8-9.

⁴⁴ José Martí: “Nuestra América”, *Obras Escogidas*, T. II, p. 481.

⁴⁵ José Martí: “Nuestra América”... p. 486.

De la urgencia de la verdad, de la pasión por vivir en ella, anda marcada la existencia martiana, eslabonado su pensamiento. La verdad puede aparecer, por instantes, disfrazada, disimulada, sofocada, incluso acuchillada; pero siempre emerge.

La verdad es renacedora.

Hay unos apuntes de Martí que lo ilustran de manera inequívoca, con la singular marca de su poética: “Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos y brilla el ojo de la lechuza en los campanarios; pero el sol sigue alumbrando los ámbitos del cielo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra”.⁴⁶

Lapidario resultan algunos de sus símiles, en los que la verdad es dibujada. “En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina”, remarca en aquel discurso en Tampa que ya hemos citado.⁴⁷ No es menor la dimensión con que la aquilata, cuando declara: “Hallar una verdad regocija como tener un hijo”.⁴⁸ Dice mucho para quien ha sido padre, para quien como él, había dedicado todo un libro a José Francisco Martí Zayas-Bazán, su Ismaelillo; para quien espantado de todo, buscaba refugio en su hijo.

En *La Opinión Nacional de Caracas*, en 1882, Martí deja estampado: “La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta”.⁴⁹ Majestuosa, imponente, sublime verdad. Y nueve años después, en *El Partido Liberal* (México), en el elogio dedicado al patriota y poeta cubano Francisco

⁴⁶ José Martí: *Obras completas*, T. 22 (Fragmentos), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 287.

⁴⁷ “José Martí: “Con todos...”, p. 12.

⁴⁸ José Martí: *Obras completas*, T. 22, p. 308.

⁴⁹ José Martí: “Emerson”, en *Obras completas*, T. 13, p. 21.

Sellén, nos pone delante su manera de expresarla: “Dígase la verdad que se siente con el mayor arte con que se pueda decirla”.⁵⁰

La verdad no es una lanza que hundir, es una semilla que plantar.

Juan Marinello en su antológico ensayo “El caso literario de José Martí” apunta en el verbo martiano “el señalamiento fértil” y la “advertencia eficaz” como claves contra el tiempo.⁵¹ Vivía Martí, indica, un conflicto vitalicio: “la diaria pugna entre lo bello, que reclama espacio y exige ocio engendrador y traducción singular, y la gestión política que no admite ni apartamientos ni infidelidades”.⁵²

¿Con cuál Martí nos quedaremos, con cuál deberíamos quedarnos? Emociona (conmociona) asomarse al periodismo, la literatura, la oratoria martianas. Se extraen de ellas frases construidas sobre la brillantez de las esencias y el lustre de sus expresiones, mas un Martí esteta, estaría incompleto; un Martí de citas, sería estéril. Martí, ya se sabe, es todo un bosque. Que la pasión irrefrenable por la verdad de aquel cubano nacido un 28 de enero nos acompañe siempre, en los fulgores y en las angustias, como bandera desplegada al viento, como latido vital.

Las revoluciones viven de la verdad y naufragan sin ella.

Cuando Martí funda *Patria* en el exilio, la declaración de aquel periódico es explícita y pública: “Para juntar y amar, y

⁵⁰ José Martí: “Francisco Sellén”, en *Obras completas*, T. 5, p. 190.

⁵¹ Ambas frases aparecen en la página 106 del ensayo “El caso literario de José Martí” de Juan Marinello, publicado en un volumen ya clásico de los estudios martianos, *Pensamiento y acción de José Martí* publicado por la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba, en el centenario del natalicio del héroe, 1953.

⁵² Universidad de Oriente: *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 107.

para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico.”⁵³ Ese ha de ser —debería ser en cualquier caso— el propósito último de nuestros periódicos. En epístola fechada en la urbe neoyorquina el 6 de julio de 1885, nuestro Héroe Nacional escribe de su puño y letra a Enrique Trujillo, aquello que debería ser nuestro himno: “(...) fuera de la verdad, no hay salvación”.⁵⁴

⁵³ Tomado de “Nuestras ideas” que resulta el editorial iniciático, la declaración de principios del periódico *Patria*, publicado por Martí el 14 de marzo de 1892.

⁵⁴ José Martí: *Obras completas*, T. 1 *Epistolario, p. 305.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
ESTRÍAS	9
PATRIOTISMO Y PATRIOTERISMO	11
ESTRÍAS	17
SERVIR	21
CAJEROS	25
AYUNOS	29
TERQUEDADES	33
FORMALISMO	35
LUCES	39
BELLEZAS	43
LA TRAVESÍA	47
EL REGRESO	51
ENAMORAMIENTO SÚBITO	59
COL PARA DOS	61
POÉTICAS	63
NO SOY GAY	65
TRISTEAR	67
LOS SÍES Y LOS NOES	69
HIJO DEL CAMINO	73
DEDICATORIAS	75
¡ARRE!	79
MÁGICA CIUDAD	81
SANTIAGO, CUANDO PIENSO EN TI	83

REINALDO CEDEÑO PINEDA

HIJO DEL CAMINO	87
UNA RADIO, MIL HISTORIAS	89
TATUAJE	99
LA CASA DEL POETA	107
ELOGIO A UNA BIBLIOTECA	115
TERESA MELO: LA HORA VIOLETA	119
MARTÍ: LA IRREFRENABLE PASIÓN POR LA VERDAD	123

ACERCA DEL AUTOR

Reinaldo Cedeño Pineda (Santiago de Cuba, 1968)
Periodista, poeta, radialista y promotor cultural. Ha recibido el Premio Nacional de Periodismo Cultural José Antonio Fernández de Castro (2021) y la Distinción por la Cultura Nacional (2022). Ganador del Concurso Hermanos Loynaz (poesía) en 2011 y en cuatro ocasiones del Concurso Nacional de la Crónica Miguel Ángel de la Torre. Columnista de varios medios digitales e impresos. Entre sus libros: *Poemas del lente* (Hermanos Loynaz, 2013), *Las pequeñas palabras* (Editorial Oriente, 2019). *Ser periodista, ser Quijote* (Ediciones La Luz, 2019), *Cabalgaduras* (Roque Libros, 2021) y *Tejiendo un país* (Roque Libros, 2020, 2023).

ROQUE  LIBROS

HILVERSUM, PAÍSES BAJOS, 2023